



ÉPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 33. — Madrid 25 de Noviembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.	16 rs.
Seis meses.	30 »
Un año.	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.	2 1/2 ps. fs.
Un año.	4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.	11 fr.
Un año.	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.	3 ps. s.
Un año.	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Honras fúnebres*. — *Documentos pontificios*. — *La hermosura por castigo*, por J. E. Hartzenbusch. — *Historia de un ángel*, por Manuel Jorrito y Paniagua. — *La nieta y el abuelo*. — *El Aspid*, por V. — *Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Noticias*. — *Bibliografía*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Un idilio*. — *Triunfo del hombre*. — *La comunión de San Jerónimo* (cuadro del Dominiquino).

LA DECENA



ONFORME avanza el tiempo y se aproxima el instante de que los católicos de todo el orbe acudan á Roma con motivo de la celebración del Jubileo Sacerdotal de

León XIII, el intransigente espíritu de la bandería política trabaja sin descanso para quitar ó disminuir al menos la grandeza del acto á que se apresta la cristiandad. Se ha dicho por unos, y semejante rumor no puede aceptar nadie que tenga la cabeza medianamente organizada, que muchos tradicionalistas españoles residentes en Roma ó que se disponen á ir á dicha capital utilizarían las fiestas del centenario para realizar una manifestación contra el rey Humberto, ocasionando con ella tal vez complicaciones de carácter internacional. Se ha dicho por otros, y también merece la noticia ser puesta en cuarentena, que el radicalismo italiano recibiría hostilmente á los peregrinos; que haría manifestaciones directamente ofensivas al Pontífice y demás Príncipes de la Iglesia, y que el arte y las letras unidos como tantas otras veces para el mal parodiarán la Ilustración especial que los católicos romanos han fundado para celebrar la fiesta del Jubileo, y que

traducida ya á varios idiomas publicase en otros tantos países. A pesar de las seguridades con que unos y otros lanzan sus afirmaciones, insisto en mi creencia, anteriormente manifestada, de que la gran romería, así como la exposición que es su complemento, se celebrarán sin que nada turbe el carácter que deben revestir. Italia es la más directamente interesada en que así suceda; los pueblos católicos todos no pueden llevar otro móvil que el exclusivamente religioso y hasta el hecho de que naciones no católicas intervengan en esta prueba de adhesión al ilustrado sucesor de San Pedro contribuirá á que vayan desvaneciéndose los temores, y á que la opinión imparcial sepa el verdadero valor que debe asignarse á los interesados cálculos de los políticos que utilizan, ya como escudo, ya como ariete, las fiestas de nuestra santa Religión.



UN IDILIO.

Viniendo ahora á los menudos asuntos madrileños, y pasando por alto la crecida del Manzanares que ha logrado atemorizar al Municipio y la crecida del Sr. León y Castillo que por virtud de combinaciones verdaderamente increíbles ha llegado á ser embajador en París, hay que descender al único asunto del día, porque no hay ni puede haber otro, que la cogida del diestro Salvador Sánchez (Frasculo). La corrida de *El Gran Pensamiento*, sociedad fundada para establecer cátedras y celebrar exposiciones, ha cerrado la temporada con una desgracia, cuyo alcance no se puede precisar todavía; pero que para muchísimas personas es un verdadero duelo nacional.

La traslación del diestro á su domicilio fué una verdadera é imponente manifestación: millares de personas de todas las clases sociales rodeaban la camilla y diez ó doce guardias la protegían; la puerta de su casa se vió también guardada por la autoridad; en la lista del portal figuran innumerables firmas y las tarjetas llueven sobre ella. Durante las largas horas de la noche de la catástrofe y las bien frescas de la madrugada no faltó gente en la plaza de Santo Domingo, donde habita el diestro, y es seguro que la renta de correos y de telégrafos habrá tenido aumento extraordinario. Todo permite recordar el triste cuadro que en *Pan y toros* pintaba el malogrado Picón, refiriéndose á la herida de Pepe Hillo y á la muerte de D. Ramón de la Cruz; todo recuerda el más moderno contraste que ofrecía Madrid precipitándose junto al lecho de el *Tuto* é ignorando que en los mismos momentos agonizaba el vencedor en el Callao, el heroico almirante Méndez Núñez...

Algo hay, no obstante, que disculpa, si no justifica la actitud de los entusiastas de Frascuelo. El pueblo es un niño grande que necesita diversiones; el teatro, que tanto podía contribuir á su cultura, se limita hoy á ser eco de las glorias del toreo, anuncio diario y permanente de las corridas de toros. El pueblo acepta la lección del teatro... yendo á ver héroes auténticos.

La relajación de los gustos literarios ha llegado á tal extremo; la desmoralización ha subido á tan alto grado; el teatro ha descendido tanto y en él se exponen groserías y obscenidades de tal índole, que muchos partidarios antiguos del arte escénico lo han abandonado y acaso, acaso se han aficionado á la fiesta nacional, hoy mucho más moral y mucho menos peligrosa para la juventud que las representaciones dramáticas. Conozco á padres de familia que con tal de evitar á sus hijas las enseñanzas perniciosas de los teatrillos de hora prefieren llevarlas á la plaza de toros. Y lo comprendo.

Por otra parte, Salvador Frascuelo cuenta con numerosas simpatías personales en Madrid; su bravura, su afán de llenar sus compromisos, la generosidad con que se ha presentado tantas veces á tomar parte en funciones benéficas, hasta su amor á la familia y su consecuencia en las amistades se las han proporcionado grandísimas. Peña y Goñi ha publicado recientemente un libro en que examina la representación social de Lagartijo y Frascuelo, y el nuevo Plutarco no oculta sus preferencias por el último, reconociendo los altos títulos del primero.

Hace veinte años que en presencia de un caso análogo, el autor de estos párrafos hubiera puesto el grito en el cielo, evocando la sombra de Jovellanos... Hoy, menos intransigente y apasionado, se limita á exclamar: ¡Pobre Frascuelo... y pobre país!

Incidentalmente he hablado del teatro: esto me presta oportunidad para dar cuenta de los dos estrenos más salientes: en la Comedia el *Angel catido*, del Sr. Pleguezuelo; en Apolo *Cuba libre*, del Sr. Jaques, con música de Fernández Caballero.

Si prescindiendo en absoluto de circunstancias de actualidad se preguntase uno qué tal es la obra del Sr. Pleguezuelo, sería forzoso acompañar al elogio no pocos peros y distingos; pero hoy que tanto interesa arrojar del teatro á la chulería que le deshonra, *Angel catido* merece sincera aprobación. Poco importa que en sus principales caracteres haya un vicio original, que con el mejor deseo para lograr el claro-oscuro, las situaciones y caracteres cómicos entorpezcan á veces la marcha de la acción dramática... En cambio de tan leves reparos, en la obra toda domina el mejor gusto; su bella prosa revela á un autor de la buena raza, el diálogo es discreto y abundan los pensamientos levantados y dignos. No es todavía *Angel catido* la obra que ha de señalar el renacimiento del teatro contemporáneo sobre las ruinas del efectismo de Echegaray y de la máquina interna de los trabajos de Cano y Sellés, armazón que suele ocultar el vacío; no es la obra del Sr. Pleguezuelo bastante poderosa para llevar á buen camino el gusto descarriado y lanzar del teatro al alu-

vió de autores por horas que lo extravían; pero es siquiera una noble tendencia, un levantado esfuerzo, algo que señala ya el cambio por el que suspira el buen gusto. Los aplausos del público fueron muchos y muy justos; pero todavía era cosa de preguntar á los aplaudidores:

— Si aplaudís *esto*, ¿cómo es que también aplaudís *lo otro*?

Porque *lo otro* sigue y seguirá llenando siete ú ocho teatros de Madrid.

Cuba libre es un pretexto nada más para la exhibición de un excelente decorado de los Sres. Busato, Bonardi y Amalio, y para que el maestro Caballero se haga aplaudir en unos cuantos números musicales. Mitad revista política, mitad viaje de recreo, ni sobresale por su mérito literario, ni por el interés que quiere inspirar: hay en ella, no obstante, vida, animación, verdad (según los que conocen la isla de Cuba) y otros motivos más que suficientes para que viva largo tiempo en los carteles. Bastarían para esto las decoraciones representando la cubierta de un buque, la manigua y el puerto de la Habana; un número musical á voces solas y un tango, así como algunos detalles de ejecución de Pepa Hijosa y de Rosell.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

UN IDILIO

Bajo el ardiente sol de Italia y en tranquilo y pintoresco paisaje, los jóvenes pastores se encuentran entregados al encanto de la música, mientras que las cabrillas, ante aquel armónico ruido, miran á sus guardianes según dijo un gran poeta español:

de pacer olvidadas, escuchando.

Ha sabido el artista imprimir á su composición tal encanto, sencillez y poesía, que hace inútil y convertiría en inoportuna toda descripción.

TRIUNFO DEL HOMBRE

La fuerza salvaje de la naturaleza y la fuerza civilizadora de la ciencia colocadas una vez más frente á frente; pero el triunfo de la segunda no es dudoso, y ante su impulso van desapareciendo los obstáculos, como huyen aterrados los jabalíes de la lámina lanzando aullidos de impotente despecho al ver avanzando al monstruo que mueve el vapor y que une entre sí, con fraternales vínculos, á los pueblos más apartados del globo.

LA COMUNIÓN DE SAN JERÓNIMO.

(Cuadro del Dominiquino.)

Domenico Zampieri, llamado el *Dominiquino*, nació en Bolonia en 1581, siendo hijo de un humilde zapatero. Estudió en la Escuela de Augusto Carrache, en Bolonia, y en la de Aníbal Carrache, en Roma; y murió en Nápoles en 1641.

Hoy reproducimos una de sus obras más conocidas y características: la de la *Comunión de San Jerónimo*.

HONRAS FÚNEBRES

EL día 22 del corriente, á las diez de su mañana, y en la preciosa iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, se celebró el modesto funeral que la Junta de Señoras del mismo, y con motivo de ser el mes de las Animas, dedica á su inolvidable fundadora la Sra. Doña Ernestina Manuel de Villena. Ocupaban el espacioso templo, perfectamente iluminado, no sólo las distinguidas damas que componen la Asociación, si que también multitud de personas de todas las clases sociales, que querían rendir nuevo tributo de admiración y afecto á la piadosa señora, á quien la más ilustre dama de España llamaba *la madre de los pobres*.

Sobre un modesto tímulo colocado en el crucero se veían algunas coronas, depositadas por sus hijos adoptivos los pobres pero hoy dichosos huérfanos, que de aquella manera sencilla querían demostrar su profunda gratitud.

Gran número de señoras, vestidas todas de riguroso luto, ocupaban los escaños del crucero, y sus casi ocultos rostros reflejaban, al par que el más profundo dolor, la consoladora esperanza de que su cariñosa amiga, la iniciadora en la grande idea por ella y ellas realizada, estaría ya ocupando el predilecto sitio que Dios Nuestro Señor tiene destinado á los que siguiendo en este mundo fielmente sus manda-

tos ocupan los días de la vida en orar y en amar, proteger y servir á los pobres huérfanos.

Lágrimas de dolor y de confianza corrían por las mejillas de aquellas que con Ernestina han compartido penalidades sin cuento, concebido lisonjeras esperanzas, disipadas una y cien veces, pero al fin con la ayuda de Dios ya realizadas, pues aquella obra con tan pocos recursos acometida, pero con tanta fe llevada á cabo, no es la obra precipitada de un día ni de un año; es la obra de un cuarto de siglo de constante práctica de la caridad cristiana.

Los huérfanos, los pobres huérfanos que á la iniciativa, la fe y la constancia de Ernestina deben su bienestar actual; aquellos niños, privados un día por ley de naturaleza de los cariños maternales, recordaban con el alma entristecida á la que, sacándolos del abandono y la miseria, fué su ángel tutelar, haciendo con ellos las veces de madre, y dirigían por ella fervientes preces al Altísimo; sencillas preces, quizás jamás escritas, pero sí sentidas, y que con singular agrado son recibidas por el Dios de las misericordias, de aquel Dios que se complacía diciendo: «Dejad á los niños que se acerquen á mí.»

Aquellas súplicas, elevándose mezcladas con el incienso de los altares, llegarán al cielo y siendo propiciamente escuchadas, proporcionado habrán el eterno gozar de la divina presencia á la que fué ilustre cuanto humilde fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, de ese Asilo, donde tantos consuelos se han prodigado, donde tantas penas han sido atenuadas, donde adoptando á cien y cien huérfanos como á hijos propios, se ha conseguido arrancarlos de la miseria, de la ignorancia, del vicio y quizás del crimen, para devolverlos á la sociedad, y con ella fundarán familias cristianas, donde sólo el amor y la paz reina, donde se rinde ferviente culto á la religión y á la patria.

Quando á los acordes del órgano entonaban los pobres niños, ya los salmos penitenciales, ya las severas lecciones, ó ayudaban á la celebración del santo sacrificio, aquellas voces infantiles, emocionadas por el dolor y el agradecimiento, venían á herir el oído de cuantos en el templo orábamos. Todos los ojos se cubrían de lágrimas; todos los corazones latían con desordenada rapidez.

A muchos funerales hemos asistido; en muchos hemos visto recogimiento y dolor; pero en ninguno más respeto, más amor y dolor más sincero; y al contemplar aquellos muros levantados con tanta fe, pero con tantos sacrificios cimentados; al recorrer entusiasmados aquellos altares llenos de imágenes sagradas; al ver aquellos haces de columnas elevarse y torcerse en dirección ojiva hasta perderse en afligido rosetón; al mirar aquellas vidrieras, que al dar paso á la luz del cielo, representan imágenes de bienaventurados; al ver las cinceladas tribunas, puertas y verjas, no podíamos menos de exclamar con santa alegría, leyendo en el antepecho del coro: *Laudate Dominum, omnes gentes*.

Que le alaben, sí, porque El pudo inspirar á Ernestina y sus queridas hermanas su caridad, hacer que tan diminuta semilla haya producido árbol tan magnífico, y de seguro que la misma exclamación salía del corazón de aquellas señoras que han comprendido la magnitud de la idea, y abrazando con ella la cruz de la abnegación, y con ella seguido la senda dolorosa del calvario de privaciones y desaires, prolongando uno y otro y otro año, sin descansar ni desmayar jamás hasta realizar sus ensueños de caridad.

Pero Ernestina no estaba allí, ni pudo ver, sino en sueños, su deseada Iglesia.

Una lápida de mármol oculta el sitio destinado á la última morada en la tierra de esta heroína de la caridad; la recuerda á los que no la conocieron, pues su recuerdo existe y existirá siempre en los corazones de los que tuvieron la dicha de conocerla y amarla, confiando que muy pronto, tras aquella lápida, reposarán las cenizas de la que en el mundo fué Ernestina Manuel de Villena.

No terminaremos nuestra tarea sin elevar nuestras preces al Altísimo para que obtenga favorables resultados la información que, *ad perpetuum rei memoriam*, sobre la vida y hechos de la Fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, se dignó abrir nuestro virtuoso Prelado á instancias de las Señoras de la Asociación, y para la que fué nombrado Procurador el celoso Sacerdote D. Benigno de Cafranga, y Fiscal el Ilmo. Sr. D. Manuel García Menéndez de Nava.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DECRETO DE CANONIZACIÓN DEL B. PEDRO CLAVER, CONFESOR Y SACERDOTE PROFESO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ACERCA DE LA DUDA ¿SOBRE SI CONSTA, Y DE QUÉ MILAGROS EN EL CASO Y AL EFECTO DE QUE SE TRATA?



A incomprensible sabiduría de Dios, que todo lo dispone en este mundo con fortaleza y suavidad, nunca dejó de suscitar esforzados predicadores del Evangelio que difundiesen la luz de la verdad entre los infieles, y empleasen su vida en la dilatación de la divina gloria y en procurar la salvación de los prójimos. Entre éstos hay que contar al B. Pedro Claver, español de nación y natural de la villa de Verdú, en el principado de Cataluña, individuo de la inclita Compañía de Jesús. El cual, ordenado de Sacerdote y enviado luego á Cartagena, en la costa del Atlántico, para evangelizar á las gentes bárbaras, es indecible la caridad con que por espacio de más de 40 años trabajó principalmente en el ministerio de los negros, que, como viles esclavos, llevaban de África, reengendrando para Cristo muchos millares de ellos con las saludables aguas del Bautismo. Ya el Beato Alonso Rodríguez, con quien había tratado en otro tiempo, vió mucho antes las obras de las virtudes más sublimes y los grandes trabajos de este apostólico varón y la gloria que en el cielo le esperaba. A la cual pasó el bienaventurado Pedro el día de la Natividad de Nuestra Señora, amadísima Patrona suya, el año 1654, á los 74 de su edad.

Como resplandeciese en virtudes y milagros, plenamente comprobados, y condecorado con los honores de los bienaventurados del cielo por el Sumo Pontífice Pío IX, de santa memoria, quiso Dios ilustrar á su siervo con nuevos prodigios, con el intento de que fuese elevado en la Iglesia al honor de la canonización. De entre ellos se escogieron dos, los cuales se propusieron al acostumbrado examen jurídico de la Sagrada Congregación de Ritos, primero en la sesión antepreparatoria celebrada en casa del Cardenal Bartolini, de clara memoria, Prefecto de la misma Sagrada Congregación de Ritos y Relator de la causa, el día 16 de Noviembre de 1886; después en la preparatoria habida en el Palacio Vaticano el 10 de Mayo del corriente año 1887, y finalmente en la Congregación general celebrada asimismo en el Palacio Vaticano, delante de Nuestro Santísimo Padre León XIII, el 9 de Agosto de este mismo año. En ella, como hubiese propuesto el Rmo. Cardenal Luis Serafini por el sobredicho Cardenal Relator ausente, la duda: *Si consta de los milagros, y de cuales en el caso y para el efecto de que se trata*, tanto los Rmos. Cardenales como los Padres Consultores dijeron cada uno su parecer. Su Santidad, visto y mirado todo cuidadosamente, declaró que sólo faltaba, después de encomendarlo á Dios con mucho fervor y humildad, pronunciar en ocasión oportuna su juicio supremo acerca de lo que se había de sentir en este asunto.

Finalmente, en esta festividad de Todos los Santos, ofrecido primero el Santo Sacrificio, llamó á la Sala principal del Vaticano á los Rmos. Cardenales Angel Bianchi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Miecislao Ledochowski, Relator de la causa, y al R. P. Agustín Caprara, Promotor de la Fe, y á mí, el infrascrito Secretario, y delante de ellos solemnemente declaró: *Que constaba de dos milagros que Dios ha obrado por intercesión del B. Pedro Claver*; á saber, el primero: *La instantánea y perfecta curación de Bárbara Bressen, octogenaria, de un inveterado cáncer epitelial en la mejilla derecha*; y el segundo: *La súbita y perfecta curación de Ignacio Streker, de un caries en el esternon y en las costillas del lado izquierdo, unido á una lesión gravísima en los pulmones*.

El presente decreto mandó que se publicase y se insertase en las Actas de la Sagrada Congregación de Ritos el 1.º de Noviembre de 1887.

L. S.

A. Cardenal Bianchi, Pref. de la S. C. de R.
Lorenzo Salvati, Secretario de la S. C. de R.

DECRETO DE CANONIZACIÓN DEL B. JUAN BERCHMANS, CONFESOR, ESCOLAR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ACERCA DE LA DUDA ¿SOBRE SI CONSTA, Y DE QUÉ MILAGROS EN EL CASO Y AL EFECTO DE QUE SE TRATA?

Adornada el alma de Juan Berchmans con esclarecidos dones de naturaleza y de gracia, era preciosa y singularmente amable á los ojos de Dios: por lo cual el Señor se apresuró á llevarle de este

mundo al descanso de la eterna bienaventuranza después de la breve carrera de una inocente vida, que empleó el santo joven en la práctica de la perfección evangélica y terminó el día 13 de Agosto de 1621 en el Colegio Romano, habiéndolo ennoblecido con los ejemplos de su santidad, muy parecidos á los que allí mismo había dado el angélico Luis.

Pío IX, Pontífice Máximo, de santa memoria, en 28 de Mayo de 1865, honróle con el título de Beato en testimonio de las heroicas virtudes y maravillas por las cuales era celebrado.

Mas como desde entonces acá resplandeciese con nuevos prodigios, mayormente en tierras de Bélgica, de donde era natural, hízose de ellos diligente información por vía de proceso, después que la Santidad del Pontífice ya mencionado había autorizado la prosecución de la causa. De donde, para que con motivo de los nuevos milagros que se referían se abriese camino á la canonización, escogieronse dos de ellos para ser puestos en tela de juicio por la Sagrada Congregación de Ritos conforme á los severos trámites del derecho pontificio. La discusión tuvo lugar primeramente el 30 de Diciembre de 1886, en el Palacio del Cardenal, de esclarecida memoria, Domingo Bartolini, prefecto de dicha Sagrada Congregación y Relator de la causa. Reiteróse después en el Palacio Apostólico Vaticano en 22 de Marzo del presente año 1887 ante los reverendísimos Cardenales Prepositos de la Sagrada Congregación de Ritos; y por fin terminó el 21 de Junio del mismo año en la Congregación General habida en el mismo Palacio Vaticano en presencia de nuestro Santísimo Señor León Papa XIII; en la cual, propuesta por el citado Cardenal Relator la duda: *¿Sobre si consta, y de qué milagros en el caso y al efecto de que se trata?* Los Rmos. Cardenales y Padres Consultores dieron por su orden los respectivos sufragios.

Oídos atentamente todos los votos, el Santísimo Padre, conforme á la costumbre usada de los Sumos Pontífices, difirió para más adelante la manifestación de su supremo juicio á fin de que hubiese lugar de dirigir humildes preces á Dios; pues no sólo engendra él con su gracia las virtudes de sus siervos, mas también es quien con soberana providencia les dispensa los honores que en la Iglesia se les tributan.

Finalmente, en esta solemnidad de Todos los Santos, después de haber celebrado devotamente el Santo Sacrificio, convocó en la Sala principal del Vaticano al Rmo. Cardenal Angel Bianchi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Relator de la causa, y al Rmo. P. Agustín Caprara, Promotor de la S. Fe, y al infrascrito Secretario, y estando ellos presentes solemnemente decretó: *Que constaba de dos milagros obrados por Dios por intercesión del Beato Juan Berchmans*: uno es: *La instantánea y perfecta curación de Maria Wilson, novicia en el Colegio de vírgenes del Sagrado Corazón de Jesús en la población Grand Côteau de la Archidiócesis de Nueva Orleans, de una úlcera mortal y crónica en el estómago, á la cual se añadía una aguda flogosis; y á cuya enferma, próxima á la muerte, apareciéndose el Beato Juan, restituyó súbita y perfectamente la salud*. El otro es: *La instantánea y perfecta curación de Maria Dionisia Lyon, religiosa profesora del Monasterio de Clarisas de Bruselas, la cual se vió libre de una gastritis crónica de una úlcera corrosiva del estómago y de una gravísima lesión de espina*.

El día 1.º de Noviembre mandó insertar el presente decreto en las actas de la misma Sagrada Congregación y ordenó que se publicase.

L. S.

A. Cardenal Bianchi, Prefecto de la S. C. de R.
Lorenzo Salvati, Secretario de la S. C. de R.

DECRETO DE CANONIZACIÓN DEL B. ALONSO RODRÍGUEZ, CONFESOR, COADJUTOR TEMPORAL FORMADO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ACERCA DE LA DUDA ¿SOBRE SI CONSTA, Y DE QUÉ MILAGROS EN EL CASO Y AL EFECTO DE QUE SE TRATA?

Después que León Papa XII, de santa memoria, inscribió en el catálogo de los bienaventurados á Alonso Rodríguez, otro de los hijos de la insigne Compañía de Jesús, plugo á Dios con nuevas señales de prodigios declarar la virtud de tan gran varón, para que sea ésta públicamente enaltecida con los honores de los Santos del cielo, en la Iglesia militante. De aquí que fuesen escogidos dos de aquellos prodigios y propuestos á la aprobación de la Sede Apostólica. Pero, designio ha sido de la Providencia, que no haya acontecido el examen de las actas de aquellos sino hasta estos últimos tiempos, es á saber, cuando se trataba de una causa semejante respecto del Beato Pedro Claver, de quien el mismo Beato Alonso había conocido anticipadamente, por revelación divina, los heroicos trabajos en evange-

lizar á los infieles y la suma abundancia de méritos delante de Dios y la brillante corona que en el reino celestial le estaba aparejada. De aquellos milagros, pues, conforme á las reglas prefijadas en las Constituciones Canónicas, hubo discusión tres veces en la Congregación de Sagrados Ritos; esto es, primeramente en la reunión antepreparatoria convocada el 8 de Febrero del año 1887 en el Palacio del Rmo. Cardenal Carlos Laurenzi, Relator de esta causa; después en los Comicios Preparatorios celebrados el 12 de Julio del mismo año en el Palacio Apostólico Vaticano, con intervención de los reverendísimos Cardenales que tienen el cargo de conservar incólumes los sagrados Ritos; y finalmente, tercera vez en la Congregación General habida el 6 de Septiembre del referido año en presencia de Nuestro Santísimo Señor León Papa XIII en el mismo Palacio Vaticano, en donde, habiendo el Rmo. Cardenal Isidoro Verga, en lugar y haciendo las veces del expresado Cardenal Relator ausente de Roma, propuesta la duda: *¿Si consta, y de qué milagros en el caso y al efecto de que se trata?* todos los que estaban presentes, así los Rmos. Cardenales, como los Padres Consultores, dieron por orden su voto. A pesar de esto, Nuestro Santísimo Señor difirió proferir su sentencia decretoria; advirtiéndolo á los allí congregados que en negocio tan grave convenía precedieran oraciones y súplicas para lograr conocer bien la voluntad de Dios.

Pero en este día, consagrado á la fiesta de Todos los Santos, después de celebrado el divino Sacrificio, Su Santidad llamó á su presencia á los reverendísimos Cardenales Angel Bianchi, Prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos, y Carlos Laurenzi, Relator de la causa, junto con el R. P. Agustín Caprara, Promotor de la S. Fe, y á mí el infrascrito Secretario, y estando éstos presentes solemnemente decretó: *Que constaba de dos milagros obrados por invocación del Beato Alonso Rodríguez*, es á saber, el primero: *La curación instantánea y perfecta de Joaquín Rocha y Rayó, de splenitis, á la cual se siguieron una gastritis y una extendida peritonitis*; el segundo: *Repentina y perfecta curación de Sor Maria Alfonsa Gallis, religiosa profesora en el monasterio de Amberes de S. Coleta, de un hereditario é inveterado cáncer en el estómago*.

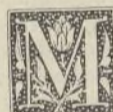
Este decreto mandó publicar é insertar en las actas de la Congregación de Sagrados Ritos el 1.º de Noviembre del año 1887.

L. S.

A. Cardenal Bianchi, Prefecto de la S. C. de R.
Lorenzo Salvati, Secretario de la S. C. de R.

LA HERMOSURA POR CASTIGO

CUENTO MORAL.



MAVILLA del Oriente llamaban á la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida, como su padre, en Itálica; el tierno atractivo de su virginal semblante; la gallardía española de su cuerpo; su entendimiento claro, y su honesta vida sobre todo, la atraían de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debía oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella.

La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás había visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie.

Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veía con ellos: Pulqueria nació y había vivido ciega hasta la edad juvenil. Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flacila cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendición de aquella mujer santísima, cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega había escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa en llegando la joven á contar quince abríles.

Feliz Pulqueria por ser hija de padre tal; más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la había enriquecido; felicísima por el amor que le tenían los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad, y dando oídos á la voz universal que la proclamaba la más bella de las hermosas, nació en su corazón el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razón, de que

su madre habitaba gloriosa la mansión de los bienaventurados, cada noche le dirigía una ardiente súplica para que la alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Aparecióse una noche Flacila a Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, sintió Pulqueria una noche que milagrosamente se abrazaba con ella la feliz matrona, ceñido en la sien ya inmortal el divino lauro de la esposa sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de estrellas:

— Hija mía — le dijo Flacila con acento dulcísimo — Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacerlos, irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privación de la vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco á tus manos para que las toques: necesario es, hija mía, que te resignes á no ver hasta la hora precisa de tu muerte aquello que más quieras, aquello cuya vista más ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio día te será sobrenaturalmente otorgada.

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial origen, piensa á veces en una difícil cuestión cuanto hay que discurrir y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar seis palabras seguidas de un sí este largo razonamiento:

— Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no la admitiese. ¿Qué es lo que amo yo más en el mundo? Lo primero á mi padre; luego á mi prometido esposo; después á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el día y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar; leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creación entera. — Admito la condición, madre: quiero ver, sí. — Dicho apenas este monosílabo con la sorda articulación de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la visión celeste.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: éstos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan, como el dolor más agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulqueria, después de la desaparición de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa se despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitación de su padre, á quien, lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche antes había recibido.

Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria: el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun en el día que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habían visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibía de todos, y aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina belleza, nunca más deslumbradora que entonces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos después de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flacila y Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento.

En un ¡ay! prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiración y la alegría causadas por el hallazgo y posesión de una dicha mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la había solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inme-

diatamente los ojos; tres veces creyó que había muerto y que revivía; conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas y el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájele Teodosio un espejo de oro tersísimo... miróse con él... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió también un collar, y más arriba un zarcillo á cada lado, y más arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movían en el espejo según movía el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubría en el espejo ni rastro.

Llevóse la Princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano. Después de muy pocos instantes de prueba, se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponían, menos la imagen de la Princesa desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flacila, y negósele mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposición había de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veían en el espejo, y respondieron que sí, porque para ellos representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le había de ser visible en la vida era su cuerpo, eran sus gracias; y, por consiguiente, que lo que ella amaba más y con más ahinco apetecía ver en el mundo no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien había consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algún género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruído disco de oro le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y aun sin quererlo ella de suyo, había de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, postura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo había oído encarecer Pulqueria mil y mil veces: quería, pues, complacerse en su sonrisa, admirar su caída de ojos, percibir el brote y crecimiento de los matices purpúreos con que teñía el rubor sus mejillas, estudiar el tocado más propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido más conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; quería, en fin, conocerse y gozar de sí, había creído llegada la hora; y hallaba que para todo tenía vista, menos para verse. ¡No podía ser el engaño más doloroso, más atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisición de la vista; más ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron creyeron de júbilo) parecía más bella que antes, cuando sólo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba más hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos, que adivinó se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel día, que tan venturoso había de haber sido para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decirse, y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados, entre quienes solía repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veían, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... — «Quizá vea mi retrato en esta criatura,» — exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecían á Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgredió sus cabellos, y se vistió con un traje tosco de penitente... nunca más seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia, y al mismo Favencio, que para no alabarla no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar

los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veían, no podían menos de prorrumpir en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia: — «¡Madre, querida madre, tú eres la más hermosa de las mujeres!» — Sí, — respondía ella para sí, suspirando; — soy la más hermosa del mundo, y es tal mi desdicha, que no puedo ver lo que soy.» Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una carta á su esposo, refiriendo la aparición de Flacila y la dura ley á que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz, como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que la ofreció su madre cuando la anunció que vería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse durante su vida, no sólo no ganaría la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignación aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducía por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas; únicamente nos llaman ó nos benefician, según el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fué poco á poco avanzando á oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, más adelante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante después obraba en ella el conocimiento, y decía: — «Cuando muera me veré; sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto.»

No se escondía ya de las gentes para excusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimiento á su belleza; salía con frecuencia en público, como correspondía á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años y cesar la mortificación que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía en la delicada hermosura de la doncella; de treinta, descollaba con la sazónada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta, ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio había muerto; en aquel medio siglo todo había envejecido alrededor de Pulqueria. Pulqueria no; Pulqueria tenía la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueros y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrían, entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana, que servían de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulqueria, no lejos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la abuela hermosísima. Echada la bendición á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueros y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién la servía el calzado, quién la rodeaba el ceñidor, quién la ponía el collar, quién la echaba á los hombros el manto, quién la adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema, que sólo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre; Pulqueria, no obstante, había disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. — «Mírate á la pared, señora, — la dijo con tierna efusión la mayor y más hermosa de sus nietas; — mírate y verás como todavía nos venaces á todas en hermosura.»

Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y por primera vez de su vida, percibió en la negra obsidiana una imagen que debía ser suya. Vió primero una niña de pocos días, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de más, y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos; de manera que en

muy breves instantes conoció Pulqueria todo lo que había sido, todos los grados de belleza que había contado desde que nació hasta aquel mismo día. — «¿Con que yo he sido ésta? — dijo con un acento de indefinible expresión, que confundió á su familia, la cual no veía en el espejo más que la imagen de la abuela, tal como naturalmente debía entonces representarla. — ¿Con que ésta soy yo?» — volvió á decir, mucho más conmovida y ya más balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años antes, la voz de Flacila, clara y blandamente la dijo: — «Esa fuiste, hija mía; pero mira lo que vas á ser ahora.» — Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendieron sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenían sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empyreo; en su diestra apareció la palma del triunfo; en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así, representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalén celeste, vió Pulqueria en el negro espejo, después de las gracias de su sér físico, la imagen de su alma.

Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu, en brazos de la bienaventurada Flacila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro que ya no había de ser profanado con otra imagen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulqueria se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa Princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenía la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponían al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: — «En efecto, queridas; el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo.»

J. E. HARTZENBUSCH.

HISTORIA DE UN ÁNGEL

CANTO PRIMERO

LA NIÑA MUERTA

I

¿Qué mezcla de dolor y de contento
Sobre los pliegues agitarse siento
Del aire transparente?
Yo percibo los flébiles suspiros
Que se van apagando lentamente
Por sus inciertos giros,
Con acentos tan tristes y tan secos
Que de angustia al vibrar gimen los ecos,
Que mi pecho se oprime,
Y al sentirlos gemir, también él gime.
Yo escucho que se extiende por la altura,
Cual canto de amargura,
Melancólico y lúgubre el lamento
De la campana, que hasta el cielo envía
La oración que formula el alma mía.

II

Y en tanto en vaga y transparente nube
De nácar y marfil, de azul y oro,
Desvanecido en sus vapores sube,
Himnos cantando un misterioso coro:
Himnos de tanto amor, de tal consuelo,
De tanta melodía,
Que por fuerza son ángeles del cielo
Los aéreos cantores,
Que envueltos de la nube en los vapores,
Cruzan del aire la extensión vacía.

III

¿Por qué tanto dolor, tal sentimiento,
Tanta melancolía,

Y al par tanto placer, tanto contento?
Decid, ecos perdidos, ¿qué sucede?
Decid si alguno puede
Contar la extraña historia,
La historia que produce tal quebranto,
Y al pueblo mientras tanto
Le mueve á preguntar: ¿cuándo es la gloria?

IV

Pero, no os detengáis, flébiles ecos,
Apagad vuestro arrullo entre los huecos
Que forma la montaña.
Quedad, quedad dormidos
Del abismo en los límites perdidos,
Porque la historia extraña
Hay un sér que la sabe de tal suerte
Que ni un detalle olvida,
Porque es la historia que empezó su muerte,
La muerte de la vida de su vida.

V

Miradla á los destellos
De una luz misteriosa, triste y vaga,
Que duda si se apaga ó no se apaga.
Caídos en desorden sus cabellos,
Descompuesto su traje, hecho pedazos,
Inquieta la mirada, indiferente,
Ora estrecha anhelante entre sus brazos
Una niña inocente
Que duerme al parecer tranquilamente;
Ora como una loca
Llevada del dolor de su martirio,
Olvida en su delirio
Que la niña que duerme es hija suya,
Y cual hiciera un corazón de roca
La arroja de su seno...
Pero pronto recuerda, pronto vuelve,
Su sueño dulce cariñosa arrulla
Con arrullo de angustia y pena lleno,
Y en tanto que la envuelve
Con los pliegues inciertos del vestido,
Sueña tal vez, delira ó desvaría
Porque está sola y grita: «No hagáis ruido,
Que puede despertarse la hija mía.»

VI

Mas no despertará, que el sueño suyo
No es el sueño del cándido capullo
Que despierta á los besos de la aurora,
Cuando toca en las aguas de algún río,
O si la noche entre sus hojas llora
Las purísimas gotas del rocío.
No es el sueño del sol que si la tarde
Tras los montes azules le dormía,
Sobre las sombras misteriosas arde
Despertando al rumor del nuevo día.
Duerme el último sueño, el sueño frío,
¡El de la eterna calma!
La niña está dormida
Con el sueño que acaba con su vida
Y empieza con la vida de su alma.

VII

¡Pobre madre! ¡La niña está ya muerta!
Quizás en su quebranto
No se atreve á creer que no despierta.
Quizás lo sabe y con su amargo llanto
Como si hubiera el corazón deshecho,
Le derrama la vida de su pecho,
Para ver si reviven sus despojos.
Mas es llanto que abrasa de tal suerte,
Que si el sueño no fuera el de la muerte,
¡Lo fuera con el llanto de sus ojos!

VIII

¡Pobre madre! ¿Dónde hay una amargura,
Una pena mayor, una tortura
Más grande y más prolija,
Que rasgue el corazón en más pedazos
Que el ver entre tus brazos
Inerte el cuerpo de tu amada hija?
¡Llora, madre infeliz! justo es que llores;
Que si las penas las mitiga el llanto,
Nunca es preciso que derrames tanto,
Porque nunca tendrás tantos dolores.
Porque el sér de tu sér, la que tu vida
Llenaba de contento y de ventura,
Sólo cenizas es, hoja perdida,
Antorcha que apagó la sombra oscura,
Rosas marchitas que las aguas traen,
Copos de nieve que en el lago caen,
¡Suspiro que se pierde por la altura!
Ya de sus labios rojos
La sonrisa acabó. Sus tiernos brazos
Ya no te estrecharán con sus abrazos,
Ni podrá dar el cielo de sus ojos,
El inocente cielo,
Al cielo de tus ojos su consuelo.

Mas ¿qué digo? Perdona: tus dolores
Olvida sin tardar; tu angustia calma;
Que vuelva la quietud sobre tu alma:
¡Calla, madre feliz, calla, no llores!
Préstame tu atención, oye una historia
Que escucharla de tí fuera mi intento;
Pero un coro que sube hacia la Gloria
La canta por el viento.

CANTO SEGUNDO

EL VUELO DE LOS ÁNGELES.

I

En la inmensa extensión del firmamento,
En la patria divina
Donde la vida sin cesar germina,
Donde de Dios al celestial aliento
Se forman á montones
Ángeles, serafines y querubines,
Que en raudos torbellinos las regiones
Del cielo adornan, y al mover sus alas
Dejan en pos de sí mágicas nubes
De fantásticas galas;
Allá en el trono del celeste imperio,
Donde todo es amor, todo armonía,
Todo felicidad, todo misterio,
Un ángel puro levantóse un día,
Y lleno de respeto el más profundo,
Poniéndose de hinojos
Del Dios omnipotente ante los ojos,
Le habló de esta manera:
— «Señor, Señor, de la región del mundo
Quisiera recorrer toda la esfera.»

II

Y no habló más; que la bondad divina
La voluntad del ángel adivina,
Y cediendo á su intento
Le deja que descienda por el viento.
Voló entonces el ángel por la altura,
Y aunque sintiera cuanto más volaba,
Cuanto más á la tierra se acercaba,
Mucha más inquietud, más amargura,
Se afana tanto y tanto
Por ver del mundo la infeliz miseria,
Que sin causarle espanto
Su espíritu se envuelve en la materia.
De un seno material calor recibe
Y se agita, y se forma, y nace y vive
En forma de una niña encantadora;
Sus cabellos son hebras de la aurora,
Su boca son dos flores,
Sus ojos, transparentes como el cielo,
Sus sonrisas purísimas, amores,
Sus suspiros angélicos, consuelo.

III

Mas ¡ay! que abre sus ojos, y en sus ojos
La inocente mirada se fascina,
Porque sólo al mirar encuentra enojos,
Desencantos y ruina,
Mentiras y tormentos y pasiones,
Angustias, desengaños, ilusiones;
Y le aqueja un martirio tan profundo,
Que llora arrepentido
El haber en la Gloria pretendido
Reconocer el mundo:
Se deshace en terrible desconsuelo,
Y pretende otra vez subirse al cielo.

IV

Un coro que sus súplicas escucha,
Que mira su dolor, que ve su lucha,
Ante el Omnipotente
Se postra como él lo hiciera un día,
Y en medio de raudales de armonía:
— «Señor, Señor, exclama,
El ángel de la tierra arrepentido,
Jurando que te ama,
Pide le deje tu bondad suprema
Habitar otra vez junto á tu trono.»
Y el Supremo Hacedor, el puro emblema
De bondad infinita,
Al angélico coro que se agita
Contesta estas palabras: — «Le perdono.»
Henchida de placer y de delicia
La angélica milicia
Deja en seguida el celestial palacio,
Y rasgando las nubes con sus huellas,
Hendiendo mundos y salvando estrellas
Se extienden al azar por el espacio.

V

Era la media noche. Es una estancia
Donde duerme la madre que eligiera
Por su madre el espíritu del cielo.
Es tanta la quietud, que se sintiera

La mariposa al agitar su vuelo,
Sintírase el murmullo
De la flor que desdobra su capullo.
Soñando, sabe Dios, si en la hermosura
Del fruto angelical de sus amores,
A juzgar por la plácida dulzura
De su semblante de jazmín y flores,
La madre venturosa está dormida
Sobre su blando lecho,
Estrechando feliz contra su pecho
A la hija de su vida,
A la hija encantadora,
La cárcel donde el ángel gime y llora.

VI

De la estancia en los ámbitos se extiende
De súbito una luz fascinadora,
Desvanecida y vaga.
Algo siente la madre que le halaga,
Pero no ve la llama que se enciende;
Que aunque en su pecho la virtud anida,

Sólo pueden mirar tanta hermosura
Los ángeles que bajan de la altura
O las almas que suben á la vida.

VII

Es que el coro del cielo,
El coro de los ángeles se para
Con silencioso vuelo
Cerca del ángel que bajara al suelo.
La madre que soñara
Exhala entonces virginal suspiro;
Con sus manos de nácar y de nieve
Sus cabellos desciñe, abre los ojos;
Pero el coro se agita en raudó giro
Sobre la lumbre de sus rayos rojos,
Con el ruido dulcísimo que mueve
La adormece otra vez y la fascina,
Y sin darse razón de su embeleso,
Sobre su hija la cabeza inclina,
A sus labios los suyos dan un beso,
Y apenas al dormir sus ojos cierra
Y sueña en su ilusoria

Ventura, el beso que sonó en la tierra
Por los ámbitos suena de la Gloria.

VIII

Entonces despojando de sus galas
Al cuerpo de la niña en que vivía,
Toma el ángel la forma que tenía
Y otra vez tiene luz, y gloria, y alas.
De súbito la luz se desvanece;
Con el coro el espíritu se mece;
Se percibe suavísima fragancia,
Y en tanto que la nube
Que bajara los ángeles los sube,
Melodiosa canción se oye en la estancia.

CANTO TERCERO

CANCIÓN DE GLORIA.

I

¡Escucha la canción, madre, no llores!
Escúchala y suspende tu quebranto,



TRIUNFO DEL HOMBRE.

Porque ella en gozo cambiará tu llanto,
En dichas y venturas tus dolores.
Escucha la canción que el alma coro,
Pulsando liras de marfil y oro,
Cantaba mientras tanto
Que el ángel que en tu hija se escondía
A ser ángel volvía.

II

«¡Feliz, feliz mil veces, venturosa
La madre que en La Gloria fué elegida
Para dar á un espíritu su vida!
¡Quién fuera la dichosa
Madre del ángel que anidó en su seno,
Porque el Omnipotente,
Que con usura recompensa al bueno,
Te teje una gloriosa
Diadema con su luz resplandeciente!
Montones de querubes la rodean
Que en sus rayos de vida centellean
Henchidos de esperanzas y ventura.
Fantásticos adornos

De nubes y de flores y hermosura
Se ciñen al azar en sus contornos,
El aire que en cielo se consume
La impregna de un perfume,
Que los cálices todos de las flores,
Las esencias más puras y olorosas
Perdieran sus olores
Ante aquellas esencias deliciosas.
En el centro que forma se percibe
Globo de luz, cuya potente llama
De puro amor inflama
El alma de tu hija que en él vive.
Allí, los días deslizarse viendo,
Cuyo rápido giro
Ni tarda en acabar lo que un suspiro
Que en la bóveda azul se va perdiendo
Ni lo que el rayo en apagarse tarda,
A tu espíritu aguarda.
Allí, cuando concluya
Tu corazón en su latir, el viento
Llevará en su instantáneo movimiento
Tu alma á confundirse con la suya.

Que Él, que lo puede todo,
Ha querido premiarte de tal modo,
Que por una morada transitoria
Una eterna te guarda allá en la gloria.»

III

Así era la canción. Ve si tus ojos
Deben llorar, ni suspirar tu pecho,
Creyendo hallar enojos
Cuando ves á tu hija sobre el lecho
Inmóvil, fría, inerte,
Cubierta con el manto de la muerte.
Así era la canción. Ve si tu alma
Debe gozar, y sonreír tu boca,
Y tu pecho sentir plácida calma
Cuando miras que un ángel se coloca
Junto al Trono de Dios Omnipotente,
Que el ángel es tu hija, y á su lado
Un sitio para tí tiene guardado,
Donde alabes á Dios eternamente

M. JORRETO PANIAGUA.

LA NIETA Y EL ABUELO

La niña Amparo llegaba del colegio alegre como unas Pascuas y retozando como las brisas del mes de Mayo retozan entre las flores.

Saltó á los brazos de su mamá, que muy preocupada estaba hablando con el doctor, que salía de visitar al abuelito.

— No tenemos hombre para ocho días, dijo el médico.

La mamá afligida balbuceó entre dientes:

— ¡Virgen Santísima; no consientas que muera impenitente!

Amparo, sin comprender las palabras de su madre y cubriéndola de besos, la dijo:

— Vamos á rezar por el abuelito. La Hermana me ha dicho que lo haga, y la Virgen, que es muy buena, se lo llevará al cielo.

La madre y la hija rezaron unas *Ave Marias*. La primera quedó muy pensativa; la segunda se fué saltando y brincando á la habitación del anciano para darle los buenos días y distraerlo con su alegre charla.

— ¡Dios mío! dijo el abuelo: ¿cuándo saldré de esta cama?

— Usted no saldrá de ahí, abuelito; dijo la chiquita con toda su ingenuidad.

— ¿Qué estás diciendo?

— El doctor se lo acaba de decir á mamá.

— ¿Cómo es eso? exclamó el enfermo incorporándose.

— Sí, abuelito, sí; el doctor le ha dicho á mamá que podían darle á usted cuanto quisiera, *porque no tenemos hombre para ocho días*. Con que, ya ve usted si será cierto.

— ¡Pero morir, hija mía...

— Pues qué, tanta pena le da á usted morir? exclamó la imprudente criatura, secando blandamente las lágrimas del enfermo y acariciándolo con sus manos angelicales.

— ¡Si tú supieras cuán triste es morir!

— ¡Triste! exclamó con asombro la niña. Si va usted á ver á Dios sentado en el trono de su gloria... Lo juzgará según sus méritos. Si siempre, como creo, ha sido usted un hombre bueno, irá al cielo á sentarse para siempre al lado de un santo; si tiene algún pecadito, irá al purgatorio, pero no se dé usted pena por eso porque yo rezaré mucho, y no dejaré de rezar hasta que la Virgen se lo haya llevado al cielo. Pero si tiene usted algún pecadote muy grande, entonces será cosa de ir al infierno eternamente, y esto sí que es un fastidio!

— ¡Pero, chical! ¿quién te enseña esas cosas?

— Me las enseña la Hermana; y también dice que antes de morir conviene recibir los Santos Oleos.

— ¿Qué es eso de los Santos Oleos?

— No lo sabe usted? Pues se lo voy á decir, abuelito. Los Santos Oleos son un Sacramento que ayuda á bien morir, y es un Cura quien los administra. ¿Usted va á decirle á mamá que llame á un Cura?

— ¿Será verdad que estoy á la muerte? exclamó el anciano con espanto.

— Ya ve usted; cuando el doctor lo ha dicho...

Nada, nada, abuelito; llame usted á un Cura; dígame todos sus pecados, desde los más gordos hasta los más chiquitines; el Sr. Cura le dará la absolución y todos le quedarán perdonados. Después con aceite bendito le hará á usted unas cruces en las manos, en los pies, en los oídos, en los ojos, en las narices y en la boca, rogándole á Dios que lo cure. Bien podría ser que el Señor le curara á usted; pero si no lo cura, el Sacerdote rogará para que se vaya derecho, derecho al cielo... Ya ve usted, abuelito, que es cosa de llamar al Sr. Cura...

Amparo, concluida su perorata, refirió al enfermo cuanto ocurriera aquella mañana en el colegio; y

— Mamá, llame corriendo al Sr. Cura, porque el abuelito quiere confesarse.

— Chiquilla, ¿qué me dices? exclamó sorprendida la buena señora.

— Que el abuelito sabe que se muere...

— Pero ¿quién se lo ha dicho?

— ¿Quién? ¡Yo! contestó la niña asombrada.

— ¡Imprudente!

— Pero, mamá, si la Hermana nos dice que es mejor ir asustados al cielo, que no al infierno sin susto...

Unos días después el abuelito agonizaba, oprimiendo con amorosa confianza un Crucifijo sobre su corazón.

— ¿Amparo dónde está? preguntó con voz desmayada.

— Aquí estoy; dijo la niña acercándose á la cama y tomando una mano que le tendía el moribundo.

— ¡Dios te bendecirá, hija mía, por el bien que has hecho al abuelito!

Tales fueron sus últimas palabras.

Unos momentos después espiraba en el Señor, y la niña con su adorable inocencia decía:

— Yo le he rogado á la Virgen que venga por el alma del abuelito, y la Virgen oye siempre las oraciones de las niñas que la quieren mucho.



LA COMUNIÓN DE SAN JERÓNIMO.

(Cuadro del Dominiquino.)

cansada de hablar y enredar, se marchó, dejándole muy pensativo.

Después de comer la chiquilla, el abuelo la mandó llamar y la dijo al oído:

— Dile á mamá que mande en seguida por un Sacerdote, porque el abuelito quiere confesarse.

— ¿De veras? exclamó la niña saltando encima de la cama y abrazando y besando al anciano. Mire usted, ya le he rezado á la Virgen para que se lo lleve al cielo. ¿Cómo no ha de haberme oído si sabe que le quiero á usted tanto?

Unos momentos después la niña hablaba con su madre y la decía:

es una degeneración del hombre...

Todos hablaban de *Merlin* en la población sin conocerle. Habíase presentado en ella envuelto como en las nieblas del Támesis, y sólo se daba á luz en las lógias, donde desempeñaba papeles de orador fogoso, que le valieron alta graduación y predicamento. Decíase que era hombre de historia: que había conspirado en grande, siendo por ello condenado á muerte; que había pasado en la emigración sus mejores años; en una palabra, que tenía una ejecutoria revolucionaria de muchas campanillas.

Con estos blasones, y surgiendo de la sombra como una evocación, se puso al frente de *El Aspid*,

EL ASPID

ESCENA DE UN DRAMA DE MUCHAS JORNADAS.

CON este título, harto significativo, publicábase no hace muchos años en una de nuestras más importantes capitales de provincia un periódico fundado por las lógias, cuyas campañas contra la Religión todavía se recuerdan como un mal sueño.

Era *El Aspid* un reptil de papel, cuyo labor venenosa, ejecutada con la pluma y lápiz, llegó á adquirir celebridad en el mundo del simbolismo. Hacía una tirada de seis á siete mil ejemplares, y, merced á este comercio de trapo impreso, podían sus autores, como Jerónimo Paturot, gastar calceines, remendarse los pantalones y poner el puchero. Todo á costa de los vilipendios contra Jesucristo.

Entre los trabajos de *El Aspid*, los que más se celebraban en los antros eran los de su director, quien los suscribía con el seudónimo de *Merlin*, presumiendo de sabio, no más porque lo único que sabía era negar á Dios, afirmar que el hombre es un animal construido como la rata y declarar que *el Cura*

vehículo destinado á hender y rajar á la Religión, á mofarse del altar, deshonorar al sacerdocio y á impedir la soberanía social de Jesucristo.

Un día publicó *Merlin* un trabajo que causó sensación. Era una diatriba terrible contra las *Hermanitas de los pobres*, congregación de ángeles, contra la cual se desataban con frecuencia sus pasiones feroces de sectario. Contado era el número de *El Aspid* en que no había mordeduras para tan insigne institución. En el escrito á que nos referimos se decía, entre otras enormidades:

«La revolución tendrá en su día que derribar, arar y sembrar de sal esos afrentosos palacios, erigidos por las llamadas *Hermanitas de los pobres*, con el pretexto de acoger en ellos á los desgraciados cuando en realidad no sirven más que para hospedar lujosamente á una población holgazana de mujeres, que se dan buena vida á costa de los tontos. Se cuentan cosas horribles del asilo establecido en esta capital. Mientras las tales *Hermanitas* disfrutan de una mesa, que nada tiene que envidiar á la de los magnates más opulentos, los pobres asilados perecen de hambre, faltos de la ración necesaria para vivir. Son muchos los que sucumben por anemia, y casi todos parecen espectros. Los brutales tratamientos de que son objeto exceden á toda ponderación. A algunos se les empareda, y se les tiene semanas enteras ayunando á pan y agua. Días pasados se cebaron verdaderamente dos ó tres furias de toca y rosario con una infeliz anciana, á quien derribaron de un empujón, logrando que se rompiera una pierna al caer. En habitación reservada la ocultan para que el médico de la casa no se entere del caso, y probablemente morirá sin los auxilios facultativos...»

El Padre Remigio, Sacerdote septuagenario y director espiritual del establecimiento, no pudo acabar de leer esta diatriba; y sin enterar á nadie de sus propósitos, se fué derecho á la redacción de *El Aspid*.

Un mozállon barbudo, de ojos torvos, rostro surcado de chirlos y aspecto de igorrote, anunció al director su visita. El anciano fue conducido al despacho de *Merlin*.

Sobre la puerta campeaban dos sables cruzados, peto y manoplas de las que se estilaban para la esgrima; y en el gabinete, exornado con profusión de banderas nacionales y exóticas, ostentábanse numerosos retratos de los regicidas y heresiarcas más célebres, á cuyo pie se habían colocado letreros de significación horripilante.

Sentado á una mesa de las que se llaman de ministro, aparecía *Merlin* leyendo periódicos y fumando en una pipa descomunal, de la que extraía sendas bocanadas de humo pardo y denso. Al ver al Padre Remigio, ni siquiera se levantó; contestó al saludo del Sacerdote con cuatro palabras secas, y le indicó que podía sentarse.

Así lo hizo el anciano, levantando después los ojos para conocer á tan formidable potencia. El periodista era un tipo enjuto, huesoso, de cráneo y frente deprimidos, algo parecido en conjunto al reptil que daba nombre á su publicación. Aunque de edad no del todo madura, pues no representaba arriba de cuarenta años, tenía pelada la cabeza, esmaltada de un amarillo de marfil que contrastaba con su barba negra, rala y puntiaguda, entre la que se dibujaban los labios cárdenos de una boca que, cuando se abría, mostraba unos dientes negros, ahumados por el tabaco, de estructura imponente. Su nariz, de forma de pico de ave de rapiña, ofrecía una dilatación constante en las fosas, que daban al hombre el aspecto de las fieras carnívoras; sus manos descarnadas, de color terroso, parecían un manojo de sarmientos.

Cuando el Padre Remigio hubo hecho este examen ligero, sacó del bolsillo interior de su sotana el número de *El Aspid* que llevaba á prevención, y señalando á *Merlin* el artículo por él firmado, le dijo con serena y reposada voz:

— Si no fuera verdad uno solo de los cargos que se contienen en este escrito, haría el periódico la rectificación debida?

Merlin dirigió al sacerdote una mirada ponzoñosa, cortante como el filo de un cuchillo, y respondió crudamente:

— No.

El Padre Remigio se sonrió con una expresión seráfica.

— Mucho debe ser el odio que profesa á la Religión — exclamó — quien para combatir á las cosas santas se vale á sabiendas de la calumnia...

— Y ¿cómo podría probarse que esto es una calumnia? — aulló *Merlin* un tanto amoscado al sentir la punzadura de aquel lancetazo. — ¿Tienen ustedes preparada alguna farsa mística para persuadirme de que no es verdad lo que á mí me consta serlo de buena tinta?

— La tinta á que usted se refiere, — contestó el Padre Remigio, — es tan poco consistente, que

basta una sola gota del reactivo de la verdad para borrarla. Yo venía aquí dispuesto á proponer á usted que fijara las pruebas que deberían practicarse para que adquiriese el convencimiento de que todo, absolutamente todo cuanto ha dicho *El Aspid*, es inexacto.

— Y ¿qué demonios de pruebas podríamos practicar? Había yo de ver claro como la luz que eran falsas las especies vertidas contra esas comedias de la supuesta caridad á lo divino, y todavía no lo creería. Por fortuna, estoy curado de todas las sensiblerías acerca de las obras de la mogigatocracia y el clericalismo. En mi vida de conspirador, que me ha traído y llevado como Judío errante, hay un hecho que me pide perpetua venganza. Para sufrir una larga y azarosa emigración, tuve que abandonar á mi madre, y cuando volví supe que en esta tierra clásica de los frailes y de los Curas, y de las congregaciones de caridad, se murió de hambre...

— ¿Eso le sucedió á la madre de usted?

— Así me lo han referido.

— Fué una gran desgracia... pero vea usted lo que son las cosas. Si la caridad cristiana carece de vista para descubrir todos los infortunios humanos, como obra que practican los hombres, en cambio puede probarse que ampara á los que caen bajo la acción de su mirada maternal. Para una madre que perece de hambre, hay cientos de ellas, abandonadas por sus hijos, que deben su existencia á las *Hermanitas de los pobres*. Y de ello es buena prueba precisamente esa anciana de quien *El Aspid* refiere tan descomunales patrañas.

— ¡Oh! ¿Esa desdichada víctima es una madre?

— Una madre enferma, abandonada, olvidada, como se olvida un pañuelo, por un hijo que, como usted, tuvo el oficio de conspirador, y se inscribió en las listas de las sectas, jurando guerra á Dios y pacto de amistad con el demonio.

Merlin bajó los ojos, y el Padre Remigio creyó adivinar que su cuerpo se había estremecido al impulso de un escalofrío.

— Mucho me holgaría — añadió el sacerdote — de que oyera usted contar á esa infeliz su historia. Nadie como ella quizás podría probar á usted, no sólo que es falso lo que de ella dice *El Aspid*, sino que los días más serenos y tranquilos de su vida son los que ha pasado entre los ángeles que hacen profesión de endulzar las amargas horas de la vejez desvalida. Y si usted quisiera verla... oírla...

— Pero ¿es posible? — exclamó *Merlin*, abriendo desmesuradamente los ojos. — ¿No es cierto que esas mujeres la tienen secuestrada, emparedada, oculta del médico, para que no se sepa que se ha roto una pierna y que se está muriendo entre horribles dolores...?

— Nada de eso es cierto. Esa pobre anciana sufrió, con efecto, una caída á consecuencia de un vahído, y recibió una leve contusión en una pierna; pero ni la lesión ofrece peligro, ni ha habido que hacer para curarla más que ponerle paños de árnica y hacerla guardar cama. En el cuarto de una de las *Hermanitas* se han instalado para que no la moleste el ruido de los dormitorios, y mañana ó pasado se levantará del lecho buena y sana como antes. Puede usted verla cuando guste.

— ¡Ahora mismo! — gritó *Merlin*.

Y levantándose de un salto, como tigre acosado por el escozor de una herida, tomó su sombrero y siguió al Padre Remigio.

Diez minutos después estaban en el Asilo. Llamada la Superiora por el Sacerdote, y enterada de quién era el personaje que tenía delante y lo que pretendía, exclamó la santa mujer:

— Bien venido sea á nuestro Asilo el que no le conoce... Puede usted inspeccionarlo todo. Aquí encontrará hospedaje, no sólo por un día, sino por un mes, para que se cerciore de que le han dado noticias equivocadas de nuestra casa...

— Quiero sólo ver á la mujer á quien se hace referencia en *El Aspid* — contestó *Merlin* con voz apagada y trémula.

Entonces le condujeron por anchos corredores y galerías, inundados de luz y de aire sano, al lugar designado. Durante el trayecto observó que los asilados de ambos sexos, discurrendo por las dependencias de la casa, saludaban á la Madre Superiora y al Padre Remigio con respeto. Estaban limpios, aseados y no pareciendo espectros, ni *El Aspid* que lo fundara. Buenos y saludables, tomaban el sol con la avidez propia de los ancianos, irradiando sus semblantes la paz, la serenidad, casi la alegría de los goces inefables.

Habiendo llegado á la celda que iban á buscar, la Madre Superiora abrió la puerta, y el recinto apareció inundado de sombra. La enferma dormía dulcemente. El Padre Remigio se dirigió á abrir una ancha ventana, mientras la Superiora y *Merlin* avanzaron hasta el lecho...

— Despierte, *Hermanita* — dijo la Superiora — que hay aquí un caballero que desea saber de sus labios si es verdad lo que ha publicado *El Aspid*...

La anciana se incorporó en el lecho; y como en aquel momento abriera de par en par el Padre Remigio la ventana, y se precipitaran por ella los rayos dorados del sol poniente, que bañaban con su intensa luz las cabezas de todos, *Merlin* y la asilada se confundieron en una mirada intensa, y resonaron dos gritos en el espacio.

— ¡Hijo mío! — exclamó la anciana, tendiendo los brazos al periodista.

Y éste cayó de rodillas, sollozando y diciendo con voz sorda, entre los brazos de la que le dió el ser: — ¡Perdón!...

El Aspid no volvió á publicarse. — V.

(De La Semana Católica.)

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El Obispo de Salamanca ha dirigido á su venerable Cabildo y demás clero y fieles de la Diócesis la siguiente Pastoral:

«No hay ya escondido ángulo del mundo donde no haya resonado el nombre de León XIII, donde se desconozca su bondad y sabiduría, donde no se disponga á celebrar el próximo Jubileo del quincuagésimo aniversario de la Ordenación Sacerdotal de tan esclarecido Papa. Para exaltación de la fe católica, y como muestra de adhesión á la sagrada cátedra de Pedro, todo el orbe católico se esfuerza por honrar la augusta persona, hoy cabeza visible de la Iglesia y representante de Nuestro Señor Jesucristo.

«Todo el amor que profesamos á nuestro divino Salvador le debemos manifestar venerando á su Vicario en la tierra. De ahí que vemos cumplido en el Padre Santo lo mismo que se anunció del suspirado Mesías: «Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán obsequios y regalos, los Príncipes de la Arabia y de Saba le llevarán dones y presentes.» De las islas y los continentes, de toda la redondez del globo, los reyes y vasallos envían al Vaticano frutos exquisitos de la tierra, primores del arte, las valiosas perlas y las producciones más bellas del humano ingenio. Y todavía el cariño de los católicos para con su padre no se satisface y paga, no debe satisfacerse con estas demostraciones. No basta enviar nuestra limosna y nuestro obsequio; es menester que los hijos que puedan le feliciten en persona, que todos los pueblos tengan su representación junto al solio del Papa el día de los grandes jubileos. Así también se cumplirá en Jesucristo y su Vicario lo que los Profetas anunciaron llenos de alegría: «Se te llegarán tus hijos de lejanas tierras, y tus hijas vendrán á tí de uno y otro costado.»

«El día 1.º de Enero de 1888, quincuagésimo aniversario de la primera Misa dicha por León XIII, es la fiesta del gran Padre de familias, día por tanto de regocijo en todo el orbe, día de cita en Roma para los católicos fervorosos, y los hijos más adictos á la cátedra de Pedro. De seguro, los que no puedan asistir personalmente, allí estarán en espíritu, allí con su corazón, allí con todo su fervor y las plegarias más puras y más cordiales. Mis amados diocesanos aquel día todos piensan en Roma. Todos en el Padre Santo. Han de esforzarse todos por ganar la indulgencia del Jubileo y aplicar la comunión por su sagrado Pastor.

«Pero además, la Diócesis de Salamanca ha de tener representación en la solemne fiesta. Y no pedimos Nós, no podemos pedir, atendida la estación, atendida la distancia que nos separa de Italia, atendida la escasez y penuria de esta Diócesis, otra cosa más que una representación. Con tiempo oportuno nos dirigimos á los centros de Roma preguntando si Su Santidad señalaría día ó época para recibir á los españoles, ya que la estación del invierno por fuerza habría de detener á la mayor parte de los peregrinos. Y el Emmo. Cardenal de Estado se sirvió contestarnos que nada había dispuesto, mas que Su Santidad sentiría vivo placer en ver á los Obispos de esta provincia para el aniversario de su primera Misa. Resulta, por tanto, que Nós debemos acudir á la Ciudad Eterna, y que no podemos hacer invitación general para ello, pues no sería prudente en tan cruda estación. Mas no obstante queremos hacer pública nuestra determinación del viaje, como lo ha hecho nuestro dignísimo Metropolitano y hacen los demás hermanos comprovinciales. Y por si alguno de nuestros diocesanos se anima á acompañar á su Prelado, ordenamos que á continuación se

publiquen también las condiciones en que se ha de verificar la peregrinación que parte de Madrid, por si fuera más conveniente incorporarnos todos a ella, según disponga nuestro amadísimo Sr. Arzobispo.

» Los Encargados de las iglesias leerán estas nuestras Letras al pueblo en el primer día festivo después de su recepción, haciéndole saber que el billete de ida y vuelta cuesta en segunda unos mil reales y suplicando a los que se dignen acompañarnos den aviso de sus deseos al Sr. Magistral de Salamanca antes del 25 del corriente.

» Esperando de vuestra acendrada piedad, amadísimos hijos, que de una manera u otra de las indicadas celebraréis la gran fiesta de Nuestro Padre Santo, os bendecimos con toda la efusión de nuestra alma: † en el nombre del Padre, † del Hijo, † y del Espíritu Santo. — Salamanca 10 de Noviembre de 1887. — † Fr. TOMÁS, Obispo de Salamanca.»

El Shah de Persia ha dirigido a Su Santidad León XIII, con ocasión de su Jubileo Sacerdotal, la siguiente carta, que publica el *Osservatore Romano*:

«A Su Santidad, dotado de la naturaleza del Mesías, encumbrado como los habitantes del mundo celestial, al Papa muy venerado y muy ilustre, que está asistido de la gracia del Señor.

» Hemos sabido con alegría que Vuestra Santidad, tomando en consideración los cincuenta años de su venturosa iniciación en el servicio sacerdotal, iba, con la bendición del cielo, a celebrar su Jubileo.

» Considerando las relaciones amistosas que Nos tenemos con la persona venerada de Vuestra Santidad, y teniendo en cuenta la alta dignidad del Pontificado, que está reconocida por todas partes como jefe de la religión católica, Nos no hemos querido dejar pasar esta ocasión sin hacer llegar a vos nuestros votos y nuestras felicitaciones.

» Sería, en efecto, inconcebible que en esta circunstancia de tan agradable Mensaje, en que todas las miradas convergen hacia el Vaticano, que Nos quedásemos indiferentes, sobre todo cuando es constante que las relaciones de amistad han sido desde larga fecha sólidamente establecidas entre los soberanos de Persia y la corte de Roma, y que nuestro deseo consiste en conservar y afirmar en perfecto acuerdo las bases de estas buenas relaciones.

» También hemos sabido con grande satisfacción que gracias a la sabiduría y a la intervención de Vuestra Santidad, han sido allanadas diferencias entre distintas naciones y mantenida la paz general por todas partes, y Nos aplaudimos — con la buena fe que todo el mundo tiene en la justicia y en la probidad innatas en la persona venerada de Vuestra Santidad — los resultados del triunfo que Vuestra Santidad ha obtenido en todas las dificultades que han sido sometidas a vuestro arbitraje.

» Esperamos que, con la gracia de Dios, Vuestra Santidad ejercerá aún durante largos años esta mediación desinteresada.

» Dado en nuestro Palacio Imperial de Teheran en el mes de Redjeb 1304 (de la Egira) y el cuarenta año de nuestro reinado.»

Hay un sello y la firma de S. M.

Los diarios católicos alemanes publican un manifiesto dirigido por el comité alemán para la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad a los católicos alemanes. En este manifiesto, firmado por el príncipe de Loevenstein y los vicepresidentes del comité, se dice que los peregrinos alemanes, de acuerdo con las representaciones de todas las demás naciones, insistirán en pedir el restablecimiento del poder temporal.

El capítulo de la Diócesis de Solsona y algunos diocesanos regalan a Su Santidad un ejemplar de la «Introducción a la Filosofía, ó sea doctrina sobre la dirección al ideal de la Ciencia», escrita por el malogrado Presbítero Rdo. D. Antonio Comellas y Cluet, de la citada Diócesis y persona que se distinguió por sus estudios filosóficos. Las tapas del libro son de chagrin rojo, decoradas con delicadas aplicaciones de cincelados en oro de diversas entonaciones, ejecutado todo con mucha pulcritud y buen gusto. En el centro de una de las tapas figura el escudo de armas de Su Santidad en oro y esmaltes, y en la otra el del Cabildo de Solsona, labrado también en igual forma. Con mucho esmero se hallan ejecutados asimismo las guardas y todos los detalles de la encuadernación, que ha sido hecha en los talleres de los señores Viuda de Subirana é hijos con mucha elegancia y riqueza. El libro va colocado en un estuche de chagrin negro forrado de felpa carmesí.

Los religiosos Franciscanos de Santiago de Galicia han regalado a Su Santidad, con motivo del Jubileo Sacerdotal, un magnífico cuadro que representa el

Nacimiento del Señor, rodeado de multitud de cuadritos que representan pasajes de la Sagrada Escritura, todo primorosamente labrado en nácar y encastrado en un precioso y artístico marco de ébano, palo santo y mármol verde jaspeado.

Los obreros católicos de las fundiciones de Bochum, en Westfalia, envían a Su Santidad tres magníficas campanas de acero fundido, admiradas por cuantos las han visto y oído. La mayor tiene tres metros y medio de diámetro y pesa 20.000 kilos.

La Diócesis de Jaén ofrecerá a Su Santidad en el próximo Jubileo digna muestra de amor al Romano Pontífice. En la exposición que el Sr. Obispo ha abierto antes de enviar las ofrendas a su destino se ven numerosas labores y objetos para el culto, muchos de ellos trabajados primorosamente. La instalación de cerería de los señores Viuda de Bellido é hijos, de Andújar, sobresale por el esmero y perfección con que están elaboradas las velas y la exquisita calidad de la cera. Muy digna es esta instalación del buen nombre que tiene adquirido la industria cerera de Andújar.

Dice el *Figaro*, de París, con fecha del 5 del actual:

«Ayer había una larga fila de carruajes delante del palacio arzobispal. Era el primer día de exposición de los regalos que va a enviar a Roma la Diócesis de París con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII, y fueron en gran número las personas que acudieron a visitar los maravillosos objetos de arte destinados a Su Santidad. Lo que más admiró a los concurrentes fué la tiara pontificia, la cual es de tela de plata bordada a mano y enriquecida con piedras finas. Las tres coronas de oro de seis florones están adornadas con seiscientas piedras preciosas, a saber: zafiros, esmeraldas, rubíes y diamantes. Una parte de esta pedrería es regalo de los fieles. Hay quien ha dado oro labrado, el cual, refundido, se ha empleado en las coronas. Los colgantes de la tiara son de tela de plata, tienen adornos bordados como la tiara, están adornados con el escudo de armas del Papa y enriquecidos con esmeraldas, zafiros, rubíes y diamantes, y cada uno de ellos termina con tres bellotas de oro.

La caja que ha de contener la tiara es de tafete blanco adornado con placas redondas esmaltadas, sobre las cuales están grabados los sellos de las parroquias y de las comunidades que con sus suscripciones han contribuido al regalo. Las familias que con este objeto se han unido a las comunidades tienen sus escudos de armas ó sus iniciales esmaltadas en otras placas en forma de escudo. Las piezas de la cerradura que ocupan el centro del tablero anterior llevan los sellos del arzobispado, de los tres archidiaconatos y del capítulo de Nuestra Señora. En el mismo tablero se ha reservado, conforme al deseo de monseñor Richard, un sitio especial a una inscripción para ofrendas modestas. Entre las maravillas expuestas figura un mueble admirable y de los más nuevos por su hermosura de cuantos salen de los talleres de la industria francesa. Es un escritorio con adornos de bronce dorado y con el escudo de armas de Su Santidad León XIII y de la casa de Francia. Esta obra maestra, de puro estilo de la época de Luis XIV y Luis XV, lleva la firma del célebre *Henry Dasson* y es regalo del conde de París, un regalo verdaderamente regio.

La condesa de París ha enviado una estatuita de Juana de Arco, obra de la princesa María de Orleans. Juana de Arco está en pie teniendo apretada contra su pecho la espada; en la parte anterior se ven las armas del Padre Santo y en los lados las armas de la casa de Francia.»

El día 16 zarpó del puerto de Barcelona con rumbo a Marsella y Liorna el vapor *Gyptis*, capitán Danch, de la Compañía Frassinet, de Marsella, llevando a su borde los ricos y espléndidos regalos que la mayor parte de los Obispos de España ofrecen a Su Santidad León XIII con motivo de su quincuagésimo aniversario sacerdotal y que deben figurar en la Exposición Vaticana. Dicha expedición ha sido organizada por el Ilmo. Sr. D. Francisco de Pol, Vicario General del Obispado de Barcelona y Vicepresidente por España de las Bodas de Oro de Nuestro Santísimo Padre, formando parte de ella los donativos de las Diócesis de Barcelona, Valencia, Lérida, Tortosa, Ciudad-Real, Zaragoza, Vich, Segovia, Santiago de Compostela, Mallorca, Menorca, Salamanca, Lugo, Santander, Zamora, Solsona, Oviedo, Urgel, Plasencia, Teruel, Gerona, Barbastro, Pamplona, Valladolid, Orihuela, Segorbe, Tarazona, Osma, Ciudad Rodrigo, Cuenca, Badajoz, Jaén, Huesca, Sigüenza y Córdoba, con un total de 161 bultos, de peso 10.052 kilogramos.

Este importante envío se ha asegurado en la cantidad de 500.000 pesetas por la Compañía «La Foncere» de París. Conducen la expedición a Roma D. Ramón Sacanelli, Secretario de la Vicepresidencia española del Jubileo Papal, y D. Fidel Espríu. No es preciso hacer una breve relación de los preciosos dones que España envía a Su Santidad en esta remesa; pero no dudamos en afirmar que son dignos por su santidad y calidad de ser expuestos en los vastos locales del Vaticano, destinados a Exposición: otro día se publicará un catálogo completo de todos los donativos. Optan premio a la Exposición, el riquísimo amito de las religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, de esta ciudad, que es un prodigio en bordado, y un altar de misionario de D. José Vaqués.

Leemos en *La Estrella del Norte*, de Trujillo, que entre los regalos que la República del Ecuador envía a Su Santidad en su Jubileo Sacerdotal, cuéntase el retrato del héroe católico Dr. Gabriel García Moreno.

El retrato irá en un magnífico marco de preciosas maderas del país: será de cuerpo entero, presentará en el Vaticano en actitud de triunfo ofreciendo al mundo en la diestra un pliego en que esté escrita la famosa única protesta del héroe ecuatoriano contra la ocupación de Roma. En la parte superior del lienzo aparecerá, entre nubes de gloria, el Santísimo Corazón de Jesús, a quien consagró el héroe cristiano aquella República; el fondo del cuadro representa el iris vistoso de la bandera ecuatoriana. Al pie del retrato irá escrita su conocida sentencia: *Dios no muere*, dando a entender que el triunfo del Pontificado en las Bodas de Oro de León XIII se debe al Santísimo Corazón de Jesús. Debajo, la siguiente inscripción tomada de las palabras del inmortal Pontífice Pío IX en su alocución a los peregrinos de Laval:

*Gabriel. García. Moreno.
Ecuadorianae Reipublicae Praeses.
Cecidit, Fidei Victima
Et Christianae. In. Patriam Charitatis.*

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. VICTORIANO SALMÓN, natural de Madrid y discípulo de D. J. Grajera. En la Exposición Nacional de 1858 presentó un grupo en yeso representando a *Jesucristo con dos niños*, y en la de 1860 *El Antiguo Testamento*, estatua también en yeso: ambas obras obtuvieron mención honorífica.

D. VALERIANO SALVATIERRA Y BARRIALES, escultor de crédito, hijo de D. Mariano y de Doña Faustina. Nació en Toledo, de cuya Catedral era escultor su señor padre en 1780, y contando solamente diez y seis años, marchó a Roma con sus propios recursos, donde no tardó en hacerse conocer por sus brillantes disposiciones. En aquella capital fué discípulo primero de Cánova y posteriormente de Thorwaldsen. Terminada la guerra de la Independencia, regresó a España y fué nombrado escultor de la catedral de Toledo por muerte de su padre D. Mariano, en cuyo suntuoso templo hizo, entre otras cosas de menos importancia, el *sepulcro del Cardenal de Borbón*. Por los años de 1816 a 1817 fijó su residencia en Madrid, mereciendo que la Academia de Nobles Artes de San Fernando le crease su individuo de mérito. Recibió honrosísimas distinciones y ocupó cargos importantes relacionados con su arte, granjeándose universales simpatías por sus bellas prendas de carácter, tanto como por su mérito artístico. Atacado de un padecimiento al estómago, ofreció ejecutar, y entregó a la iglesia de Servitas, una imagen de la *Virgen de los Dolores*, con la condición expresa de que había de volver a poder de su familia si no se la daba culto. Trabajó asimismo el Sr. Salvatierra: en la parroquia de San Ginés, los santos que adornan el retablo colateral del lado del Evangelio; en la parroquia de San José un *San Fernando* con unos *Niños y nubes* sobre el retablo principal; y en las monjas de Santa Teresa, *Una imagen* de dicha santa. Murió en 24 de Mayo de 1836, contando cuarenta y seis años de edad, y fué enterrado en el cementerio general de la puerta de Toledo.

Al ocurrir el fallecimiento de este artista se hallaba trabajando en una *Virgen de los Desamparados* destinada a la posesión de Vista-Alegre.

D. MARIANO SALVATIERRA Y SERRANO, notable escultor, natural de Toledo, discípulo de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, muerto en 1814. Durante gran número de años desempeñó el cargo de escultor de la catedral de Toledo, en cuyo

edificio, como en otros de la misma población, se conservan obras sumamente apreciables de su mano. Son las principales *El tránsito y Coronación de la Virgen*, en la parte exterior de la puerta de los Leones de dicha Catedral. En el segundo cuerpo de la fachada principal una *Cena*, con figuras de tamaño mayor que el natural. En la capilla de Santiago las estatuas de *San Nicolás de Bari*, *San Antonio Abad*, *San Francisco de Asís*, *San Pedro Nolasco*, *San Felipe Neri*, *Santa Bárbara*, *San Lorenzo* y *San Bernardo*. Cuatro estatuas en los altares con que se cerraron en 1793 las capillas del coro. *Dos ángeles mancebos* sobre el órgano nuevo, en actitud de sostener unas guirnalda de flores ondulantes que vienen a enlazarse con un jarrón lleno de azucenas, trabajo terminado en 1796 y por el que le fueron abonados 14.000 reales. En la capilla de Santa Lucía, dos medallones elípticos, de estuco, que, en figuras de medio cuerpo y muy alto relieve, representan respectivamente a los santos obispos *Santo Tomás de Villanueva* y *San Julián* el uno y a los Santos *Justo y Pastor* el otro; encima del altar de la sacristía dos ángeles mancebos, de alabastro y tamaño natural, sosteniendo una cruz. También son de mano de Salvatierra los cuatro gigantones de veinte pies de altura que representan *La Fe*, *La Religión*, y *Las iglesias de Sevilla y Toledo*; los ocho ángeles del monumento de Semana Santa, de los que cada uno tiene un instrumento de la Pasión, y el magnífico candelabro para el cirio pascual, construido en 1804. En el Nuncio (casa de dementes) un gran escudo con las armas del cardenal Lorenzana, sostenido por dos ángeles. Fué hijo este artista del reputado escultor D. Valeriano, de quien nos ocupamos anteriormente.

D. JUAN SAMSÓ, natural de Gracia (Barcelona) y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de esta capital. Citaremos sus obras siguientes: *Estatua de Balme*, premiada con mención honorífica en la Exposición barcelonesa de 1866; la de *San Francisco de Asís en meditación*, presentada en la Nacional del mismo año, donde alcanzó una medalla de segunda clase; *Una Concepción*, *El Sagrado Corazón de Jesús*; *La Virgen Madre*, hermoso grupo que obtuvo la primera medalla en la Exposición de Madrid de 1878, figuró en la universal de París del mismo año y fué reproducida por varios periódicos ilustrados; y *La Concepción* para la iglesia de esta advocación en el ensanche de Barcelona, por cuya obra recibió en su estudio la visita del Rey D. Alfonso.

D. MANUEL SÁNCHEZ ARACIL, escultor murciano, hijo de D. Francisco Sánchez Tapia. En 1875 alcanzó en los juegos florales celebrados en la ciudad de Murcia el roble de plata por su busto en bajo relieve del cardenal Belluga.

D. FRANCISCO SÁNCHEZ TAPIA, escultor, profesor de la Academia de la Sociedad Económica de Murcia. Entre sus numerosas obras (generalmente de carácter religioso) repartidas en varios templos de la provincia, se cuentan dos *Pasos* de la procesión del Carmen (Murcia); varias efigies de *la Pasión*, para las procesiones de La Unión; el *Paso de la Samaritana* y *Jesús*, para Jumilla; *San Roque*, para la iglesia de Aljucer; *La Samaritana*, para Novelda, y otros igualmente apreciables. En 1878 fué nombrado Académico corresponsal de la de San Fernando.

D. DIONISIO SANCHE, nació en Ciempozuelos en 1762, y estudió en Madrid en la Real Academia de San Fernando. Entre otras señaladísimas distinciones, mereció ser Director del adorno de la fábrica de porcelana del Retiro y Director de escultura de la Academia de Méjico, donde murió en 7 de Mayo de 1829. Sus obras religiosas fueron: *La Virgen de la Esperanza*, en la parroquia de San Justo, y un *Cristo aislado*, de marfil.

D. JUAN SANMARTÍN, nació en la ciudad de Santiago en 21 de Abril de 1830, y fué bautizado en la parroquia de Santa María del Camino, siendo sus padres pobres y honrados vecinos de la misma. Dió muestras desde muy niño de sus felices disposiciones para la escultura y pasó a estudiar a la corte protegido particularmente por el Sr. D. Nicolás López Ballesteros. Matriculado en la Academia de San Fernando en los años de 1853 a 1856, cursó las clases superiores y concurrió posteriormente al estudio del escultor de Cámara, Sr. Piquer. En la Exposición celebrada en el último de dichos años presentó un bajo relieve en yeso representando a *Nuestro Señor Jesucristo muerto en la cruz*. En 1858 presentó en la Exposición pública la estatua del ilustre *Fray Jerónimo Feijóo* en el acto de registrar uno de los innumerables escritos que sus émulo dieron a luz atacándole tan dura y encarnizadamente. Por este trabajo fué premiado el artista con mención honorífica. Habiéndole encargado el Ayuntamiento de Santiago la composición y formación de una obra de escultura que representase la postrera y misteriosa *Cena de Nuestro Señor Jesucristo con sus Discípulos*,

pasó a Roma, trazado el boceto de su obra, a estudiar los grandes modelos de los más famosos escultores.

D. JULIÁN SANMARTÍN, nació en 1762 en la villa de Valdelacuesta, en la provincia de Burgos, alcanzando en el concurso general de premios de la Real Academia de San Fernando en 1781 el primero de la segunda clase, y en 1784 el primero de la primera. La misma corporación le nombró su individuo de mérito en 7 de Mayo de 1786, y teniente director de la escultura en 13 de Abril de 1797. Terminó su vida a 29 de Noviembre de 1801, contando treinta y nueve años de edad. La mayor parte de sus obras, muy estimadas por los inteligentes, se hallan en Madrid, si bien trabajó asimismo bastante para fuera de la Corte, «comodidad que puede haber dependido—dice la Academia de San Fernando—de su celeridad en el trabajo, equidad en los precios, exactitud en sus tratos y regularidad en sus costumbres.» Han llegado las siguientes a nuestra noticia.

Madrid.—*La huida a Egipto*, para la parroquia de San Sebastián; una estatua de *La Beata María Ana* y otra de *Santa Teresa*, para la parroquia de Santiago; la medalla que hay sobre la puerta de la iglesia de la Visitación, representando a *San Francisco de Sales entregando las constituciones a Santa Juana de Fremiot*; el *Ángel de la Guarda* y *Santa Cecilia*, para las Escuelas Pías de San Fernando; *San Francisco de Asís*, para la capilla de la Orden Tercera; *La Virgen* que se ve al lado de la Epístola, en la parroquia de San Justo: *Esau* y *Jacob*, bajo relieve en la Academia de San Fernando.

Segovia.—Las estatuas de *San José con el Niño* y una *Concepción* en la catedral.

Pamplona.—En la catedral un bajo relieve en piedra que representa *La Asunción y Dos mancebos*, también de piedra, tamaño colosal.

Medina del Campo.—Una *Asunción* y un *San José*, tamaño natural.

Habana.—*San Antonio* y *San Francisco*.

Santo Domingo de la Calzada.—La estatua de dicho Santo, de cinco cuartas de alto.

D. FRANCISCO SANTIGOSA, escultor valenciano de quien conocemos las siguientes obras religiosas: *San Francisco*, que presentó en 1875 en la Exposición del Ateneo de Valencia; una *Concepción*, premiada con medalla de plata en los juegos florales de Murcia en 1877; las estatuas en barro cocido de *La Purísima* y *San Francisco*, premiada esta última con medalla de cobre en la Exposición del Ateneo de Valencia de 1881.

D. JOSÉ SANTIGOSA Y WUESTRETE, natural de Tortosa y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. Es autor de *El triunfo de la Iglesia militante*, grupo en barro presentado en una Exposición de Madrid, y por el que fué premiado con medalla de tercera clase.

D. JUAN SERRA Y PAU, joven escultor albergado en la Casa de Caridad de Barcelona, discípulo en dibujo de D. Tomás Padró y en modelado del señor Novas, autor de un grupo de *La Caridad*, colocado en el patio del Hospicio de Barcelona, «triste hogar paterno del escultor naciente,» como ha dicho Luis Alfonso.

D. EUGENIO SERRANO, escultor tallista, residente en Huesca. En la Exposición aragonesa de 1868 presentó una *Concepción* en madera.

D. NICASIO SEVILLA Y SÁNCHEZ, escultor contemporáneo, natural de San Martín de la Vega, cuyas obras han figurado con elogio en diferentes Exposiciones públicas. Fué discípulo de D. José Piquer. Abierto concurso por la Academia de San Fernando para la creación de un monumento a Fr. Luis de León, el Sr. Sevilla obtuvo el premio y fué encargado por consiguiente de su ejecución, para la que marchó a Roma, siendo inaugurada al fin su obra en 1868 en el patio de las Escuelas Menores, entre la Universidad y el Instituto de Salamanca. Son también obra del Sr. Sevilla un *Busto de D. Hilarión Eslava* y una *estatua de Santa Teresa de Jesús*. El Gobierno le concedió en 1870 una encomienda de Carlos III libre de gastos; pero cuando el Sr. Sevilla por su edad y adelantos podía prometerse mayores triunfos, falleció en los primeros días de Enero de 1872.

D. CÁNDIDO SOBRINO, escultor residente en La Guardia, provincia de Pontevedra. En la Exposición pública celebrada en aquella capital en 1880 presentó una *Concepción* en madera, un *Niño Jesús* y un *Crucifijo*.

D. JUAN SOLER, escultor catalán contemporáneo, autor de las imágenes de *Santa Inés* y *Santa Catalina*, para la iglesia parroquial de San Agustín de Barcelona; de un grupo en madera representando la *Sacra Familia*, para el oratorio de una casa de Barbastro; una *Concepción*; *Santa Eulalia*, de doble tamaño del natural, para la iglesia parroquial de

Palleja; *San Raimundo de Peñafort* y *San Félix mártir*, para la parroquia de Villafranca del Panadés.

D. RICARDO SORIA Y FERRANDO, natural de Valencia y discípulo de la Academia de San Carlos de aquella población. Es autor de los siguientes trabajos: Una *Concepción*, para la iglesia parroquial de Yecla; *El descendimiento de la cruz*; un *San José*; un asunto religioso premiado con medalla de oro en la Exposición de Valencia de 1879; estatua de *San Vicente Ferrer*, premiada en la Exposición de *El Iris* de Valencia con medalla de cobre; un *San Antonio* y *Jesucristo en la cruz*, esculturas pequeñas que presentaron en la Exposición del Ateneo de Valencia en 1881; *El Sagrado Corazón de Jesús* que obtuvo un accésit en 1881 en un certamen de Tarragona; un *Cristo yacente* y un *Descendimiento*.

D. MANUEL SORIANO É HIDALGO, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, premiado en sus clases superiores. Es obra de este artista la estatua de *San Vicente de Paul en predicación*, para la iglesia de San Juan de Dios en Cádiz.

D. CEFERINO SUÁREZ. En la Exposición de Santiago de 1875 presentó un alto relieve en madera, representando a *Santiago en traje de peregrino*.

D. RAMÓN SUBIRAT Y CODORNIU, escultor contemporáneo, natural de Mora de Ebro, en la provincia de Tarragona. Es autor de un *Santo Cristo*, presentado en la Exposición de 1871; de una estatua de *Frey Félix Lope de Vega*, que fué muy elogiado por la prensa; y del *Sepulcro del arzobispo Francés Caballero* en Zaragoza.

D. JERÓNIMO SUÑOL, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella población. Presentó en la Exposición Nacional verificada en Madrid en 1864, *La tercera tentación de Jesús*. Son obras suyas varias estatuas para el templo de San Francisco el Grande de Madrid. El Sr. Suñol fué agraciado en 1870 con la encomienda ordinaria de Isabel la Católica, y la Real Academia de San Fernando le eligió en 28 de Enero de 1878 su individuo de número para ocupar la vacante ocurrida por muerte del Sr. Fernandez Pescador.

D. ANTONIO SUSILLO, escultor contemporáneo, natural de Sevilla. Son de su mano: *La huida a Egipto*, propiedad del Sr. Bertemati; *La oración de la tarde y Matines*, propiedad ambas de D. Evaristo Sagastizabal. Estos y otros trabajos permiten asegurar a este joven artista excelente porvenir.

D. DOMINGO TALARN, escultor contemporáneo, residente en Barcelona. Conocemos las siguientes obras suyas: la estatua del glorioso ermitaño *San Mariano*, para la iglesia de San Miguel Arcángel de Barcelona; el altar y estatua de *Nuestra Señora de la Divina Providencia*, que se venera en la iglesia del Pino; *La Divina Pastora*, *Nuestra Señora de los Dolores*, *San Juan* y un *Niño Jesús*, para un templo de Montevideo; Un *Belén* destinado a Valencia en 1866; *El divino Salvador encomendando su Santísima Madre a su discípulo amado*, en el retablo nuevo de la capilla de San Olegario de la catedral de Barcelona; estatua colosal de *San Francisco de Paula*, para el altar mayor de la iglesia de religiosas Mínimas de Barcelona; un *Nacimiento del Hijo de Dios*, con numerosas figuras, para Buenos Aires; unas *Andas góticas*, con figuras de ángeles, para una iglesia de la Habana; *El grupo del Calvario*, una *Concepción* para la iglesia de Nuestra Señora del Pino, de Barcelona; *La Divina Pastora*, *La calle de la Amargura*, para la villa de Novelda; *La oración del Huerto* con el mismo destino. En muchas de las anteriores obras le ha auxiliado uno de sus hijos, de quien es un grupo de *La degollación de los inocentes*.

D. FERNANDO TARRAGÓ, escultor, natural de Lérida, discípulo de D. José Piquer. En la Exposición de Bellas Artes de 1856 presentó una estatua en yeso representando *El Profeta Jeremías*, que obtuvo un premio tercero. Son también de su mano una estatua de *La Concepción*, y otra de *San Elceario* para los Estados Unidos. En 1871 le fué concedida una encomienda de Carlos III por sus trabajos en la restauración de la Basílica de Avila de los Caballeros.

D. TORCUATO TASSO Y NADAL, natural de Barcelona y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes. Es de su mano un *Busto del Papa Pío IX*. El señor Tasso reside en Roma, donde fué pensionado.

D. JOSÉ TOMÁS, escultor cordobés de crédito, nombrado Director de la Academia de San Fernando en 9 de Enero de 1844. Débense a este artista: el bajo relieve que existe sobre el intercolumnio del oratorio del Caballero de Gracia, representando la *Última cena de Nuestro Señor Jesucristo*, habiendo elegido para modelo de esta obra la célebre de Leonardo de Vinci; y el *Arcángel San Gabriel*, estatua en madera de tamaño natural, para un templo de Galicia. También hizo la estatua de *La Religión*, para el túmulo elevado en las exequias de Fer-

nando VII: murió en Madrid en 10 de Noviembre de 1848.

D. MIGUEL TOMÁS, escultor, natural de Palma de Mallorca, y discípulo del célebre Herrera el menor. El Sr. Tomás no trabajó mucho; pero tienen muy buen gusto todas sus obras. Son de su mano un *San José*, que se venera en la iglesia parroquial de Alaró; una estatua de la *Beata Catalina Tomás*, que hizo para una iglesia de Barcelona; la *Concepción* que está en su capilla en la parroquia de Muro; el *San Pedro* con las demás esculturas, trabajadas en piedra de Santañy, que adornan la fachada del Seminario de Palma; y también se le atribuyen las figuras y adornos de la fachada de la casa y hospital de San Pedro y San Bernardo de Palma. Murió en dicha ciudad en 1809, siendo hijo de este profesor el artista D. Francisco, de quien hablamos aparte.

D. FRANCISCO TOMÁS Y ROTGET, hijo de D. Miguel y Doña María Antonia. Nació en Palma de Mallorca en 26 de Febrero de 1762, y estudió bajo la dirección de su padre, dedicándose desde su juventud á modelar figuras en barro y madera, siendo su primer trabajo en esta materia un *Niño Jesús* que hizo por encargo del Regidor de su ciudad natal, D. Antonio Ferrá. Fué asimismo autor de las obras siguientes: un *Crucifijo*, de seis palmas, para el Hospital general de su ciudad; una estatua de la *Concepción*, tamaño natural, para la villa de Muro; dos de los *Beatos Miguel de los Santos y Simon de Rojas*, de catorce palmas de altura, para el retablo mayor de la iglesia que fué de Trinitarios; otra de la *Beata Catalina Tomás*, de tamaño natural, con dos angelitos, para la villa de Andraitx, y otra de la misma, de sólo cinco palmas, para Barcelona.

D. RICARDO TORRES. En la Exposición de Granada de 1883 presentó un *Cristo* en madera.

D. MIGUEL TORRES Y SANCHO, nació en Palma en Agosto de 1797, y fué discípulo de su padre Don Guillermo. Es autor de varios altares, así en la parte de arquitectura como en la de escultura, en diferentes iglesias; siendo obra suya la *Concepción* que está en el retablo mayor de la iglesia de San Antonio Abad.

M. DE A.

(Se continuará.)

NOTICIAS

En la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús se celebrará con gran solemnidad una novena dedicada á la Virgen de la Concepción, que dará principio el día 30 de este mes, concluyendo el de la Purísima.

Con el título de *La Fidelidad Gallega* ha empezado á publicarse en la Coruña un periódico católico. Deseamos al nuevo colega larga y próspera vida.

Para atender á los gastos de instrucción y recreo de la clase industrial, le han sido abonadas al *Círculo Católico de Obreros* de León, de orden del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, 2.200 pesetas.

En el día de Santa Isabel se celebró en la preciosa capilla del hospital de la Princesa en Madrid la fiesta que anualmente dedica á su patrona, siendo el celebrante en la solemne misa mayor el Doctor D. Eduardo Palou y Flores. El panegírico de la Santa estuvo á cargo del reputado orador sagrado D. Carlos Díaz Guíjarro, que con fácil y correcta palabra pronunció uno de sus más elocuentes y filosóficos discursos.

Según el *Estado general* de las Misiones dominicanas de Formosa, China y Tungking, el número de cristianos existentes y los Sacramentos administrados en 1886 es como sigue:

Número de cristianos, 248.134. Bautismos de párvulos hijos de cristianos, 11.367.

Niños de padres infieles bautizados por los Catequistas Terciarios de la Orden y cristianos *in articulo mortis*, 64.370; de estos sobrevivieron 96. Bautismos de adultos, 1.280. Confirmaciones, 8.296. Confesiones, 302.368. Comuniones, 291.247. Matrimonios, 2.201.

En la parroquia de Manacor se está formando una biblioteca, gracias á la actividad de su Cura Arcipreste y de algunos otros Sacerdotes muy estudiosos, que lograrán á no dudarlo coleccionar numerosas obras, según es el ardor de sus trabajos: con decir que el bibliotecario es el conocido poeta y joven Sacerdote y Vicario D. Antonio María Alcover, y que el primer donativo con que ha favorecido á la naci-

te colección D. Juan Aulet, Presbítero, consta de cien volúmenes, puede formarse acabada idea de lo que promete ser esta biblioteca, máxime si los representantes de aquella población en la Corte recabaran del Sr. Ministro de Fomento una colección de obras, pues la importancia de la villa de Manacor bien lo merece.

Escriben de Caserta que en el campamento del decimo de artillería había muchos soldados atacados del cólera, y cuando ni el alcalde ni los consejeros municipales no quisieron hacer nada en alivio de los soldados, acudió el obispo Giordano solo, sin que lo acompañase ni un Sacerdote, y estuvo allí un día entero, sin cuidarse de tomar alimento, asistiendo y animando á los enfermos. Ayudaba á trasladar las camas y á colocar en ellas á los pobres soldados, y hacía de soldado, de enfermero, de médico, de Sacerdote y de padre. El comandante del regimiento le escribió después dándole las gracias en nombre suyo y de los soldados.

En Carrión de los Condes se verificó la inauguración del curso de la *Escuela de Obreros* el día 13 del corriente, á las siete de la noche, en un espacioso local habilitado al efecto, merced á la generosidad del celoso Párroco de Santa María, que anticipó la cantidad de 1.000 pesetas para las obras necesarias. A la hora indicada ocuparon sus asientos los señores que componen la Junta directiva de la sociedad fundada para el sostenimiento de la Escuela, el Reverendo Padre Berzal, de la Compañía de Jesús, y el Sr. Alcalde, á quien el Sr. Director espiritual cedió la presidencia. Dada cuenta por los Sres. Presidente, Secretario y Tesorero del estado de la sociedad, el Sr. Director espiritual habló con especial acierto, alentando á los socios á continuar la obra comenzada á fin de hacer buenos y fieles obreros, encareciendo á éstos la asistencia y aplicación para que aprendan á ser buenos jefes de familia. A continuación el R. P. Berzal hizo uso de la palabra con su acostumbrada elocuencia; aplaudiendo la continuación de la asociación para educar á los obreros, deteniéndose en minuciosas consideraciones para demostrar la utilidad de éstas y para que así se conozcan los deberes y derechos de los obreros. El Sr. Alcalde dirigió breves frases á los socios y obreros, ofreciendo á todos su apoyo. Estos tres discursos fueron justamente aplaudidos, así como los intermedios de música ejecutados por un coro acompañado de violín y piano. Actualmente cuenta la Escuela con 56 socios y dos protectores, y están matriculados 46 obreros.

Un diario de Valencia publica las siguientes curiosas noticias referentes á la inauguración de la nueva Iglesia de las Adoratrices:

«El domingo se celebró la fiesta de inauguración de la nueva Iglesia del Sacramento, situada en la calle de Hernán Cortés.

Desde las primeras horas de la mañana, el nuevo templo se vió invadido por las personas invitadas, que lo fueron las más distinguidas familias de la ciudad y las autoridades eclesiásticas, civiles y militares.

A la hora señalada llegó nuestro venerable prelado el Cardenal Sr. Monescillo, el cual, después de orar un breve rato, pasó al sitial, preparado en el presbiterio, en donde fue revestido con los ornamentos pontificales. Previa la exposición del augusto Sacramento, dió principio la solemne misa, siendo celebrante Su Emma. Reverendísima, á quien asistían los Canónigos D. Ramón Peris Mencheta, D. Francisco García, D. Urbano Lolumo Barrio, D. Francisco Tarín, D. José Barbarrós y D. Wenceslao Cañizares Monescillo.

También asistían al celebrante algunos beneficiados de la Basílica, y el maestro de ceremonias D. Vicente Rocafort.

La misa que se cantó es composición del joven maestro del colegio de las Adoratrices, D. Amancio Amorós. Esta obra fue premiada en la Exposición regional de 1883 y está escrita exprofesamente para la inauguración del nuevo templo.

La obra ha merecido muchos elogios á todos los que la conocían y á los que tuvieron ocasión de oirla el domingo.

Los elementos que la ejecutaron bajo la dirección del Sr. Amorós fueron unas cuarenta voces entre solistas y coro, acompañadas por un quinteto de cuerda, piano y armonium. Estos dos últimos instrumentos fueron desempeñados por Hermanas. La mayor parte de las voces pertenecían también á las Adoratrices, habiendo venido de algunos puntos de España las más distinguidas cantoras que tiene la Orden.

Después del Evangelio, ocupó el púlpito el Deán Sr. Cirujeda, que en sentida frase expresó los sacri-

ficios hechos por nuestro piadoso prelado para llevar á cabo la ejecución de las obras de aquel nuevo templo, auxiliado por todas las clases de la católica Valencia. Después del exordio, el orador desarrolló el tema con una sencilla proposición: *La dedicación de un nuevo templo es el tributo de justicia debido á la majestad de Dios*. Elocuente y florido como siempre estuvo el Sr. Cirujeda en su sermón, patentizado las grandezas de la Divinidad y los deberes del hombre de rendir tributo al Señor de las misericordias. Al terminar el sermón, el Sr. Cardenal bendijo á la concurrencia, otorgando las indulgencias de costumbre.

Después de la misa, se entonó el *Te-Deum*, que cantaron las señoras religiosas. La composición, debida al inspirado maestro Sr. Giner, fue bien interpretada, coronando brillantemente tan notable función, que terminó á las doce, quedando S. D. M. de manifiesto durante el resto del día.

Por la tarde hubo sermón, cantándose varias composiciones dedicadas á la Divina Eucaristía, objeto principalísimo de la devoción de las Sras. Adoratrices, terminando con la reserva, en la que ofició el Sr. Canónigo D. José Calvo.

Ayer continuaron las funciones del triduo, cantándose con música la misa, que celebró el Sr. Don Aureo Carrasco, dignidad de Maestrescuela del cabildo y protector especial de la comunidad, predicando por la mañana el Sr. D. Sabas Galiana, Cura de la parroquia del Salvador. Por la tarde siguieron los ejercicios del triduo.

Hoy martes terminarán los festejos religiosos. Por la mañana volverá á cantarse la notable misa del maestro Amorós. Al ofertorio se estrenará una Ave María, y por la tarde un *Credidi*, composiciones las dos del mencionado maestro, que ha dado pruebas de su entusiasmo por el mayor esplendor del culto en la nueva Iglesia.

En la misa oficiará el Deán Sr. Cirujeda y Ros, predicando el Padre Salvador, carmelita. Por la tarde ocupará el púlpito D. José Castañeda. Mañana se cantará una misa de *requiem* en sufragio de los bienhechores de la comunidad. Entre éstos se cuenta á nuestro inolvidable amigo D. Cirilo Amorós, cuya familia, confundida entre los fieles que asistieron á la función del domingo, fue objeto de grandes demostraciones de cariño por cuantos se apercibieron de la presencia de la viuda y familia en aquel acto.

Entre los ornamentos de que se ha hecho uso en estos festejos, han llamado la atención un terno blanco y otro encarnado, obra de las Sras. Adoratrices. También son notables las albas, sabanillas y flores colocadas en el altar, todo confeccionado, según se nos dijo, por tan virtuosas religiosas.

Las Hermanas de la Caridad de Orense han perdonado la mitad de las rentas que perciben del pueblo de Amoeiro, como herederas de la señora viuda de Reinoso, y han distribuido además el grano que tenían almacenado, para que los labradores pobres verifiquen la siembra. También socorren diariamente á todas las niñas que concurren á su colegio de Cornoces, suministrándoles alimento, y dan limosna á las familias necesitadas de aquella localidad.

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

El periódico *The Sun* de Nueva York, en uno de sus últimos números, refiere el hecho siguiente:

«Un caballero residente en *Middletown Arhus*, mientras la pasada semana hacia una excursión por el condado de Sulliva, tuvo la curiosidad de examinar en un pequeño cementerio, cerca de Fallsburgh, ocho piedras sepulcrales, puestas todas en una misma línea y de tamaños exactamente iguales. Halló que eran los sepulcros de los hijos de un médico muy célebre, todos arrebatados por la muerte en la flor de la juventud, desde el 23 de Noviembre al 19 del siguiente Diciembre del año 1861; una familia compuesta de ocho individuos enterrada en pocos días! Entonces se acordó de lo que había pasado en aquella fecha; por lo que, hablando con sus amigos, no dudó en afirmar que todos estos fallecimientos debían considerarse como un aviso de la Providencia, en castigo de un blasfemo desafío lanzado contra Dios. He aquí cómo: Por el año de 1861, hubo en aquellas cercanías el terrible azote de la difteria. En esta ocasión, dicho médico se ocupó muchísimo en curar á los enfermos, y lo hizo con tal acierto y con tan felices resultados, que los que fueron asistidos por él, todos salieron libres y sanos. Las alabanzas de que era objeto le llenaron de orgullo, hasta decir que ya podía curar todo caso de difteria: aún fué mas allá; porque, ciego de la pasión, *desafió á Dios Todopoderoso á producir un caso de difteria que él no pudiese curar*. En menos de una semana, el primero de sus menores hijos fué atacado de la terrible enfermedad; y á pesar de que

el orgullo de profesor y el amor de padre le hacían tomar el empeño más decidido para aliviar á su hijo, éste fué empeorando y en breve murió. Uno después de otro, según el orden de nacimiento, los otros siete cayeron enfermos de la misma manera, murieron y fueron enterrados uno al lado de otro en un pequeño cementerio cerca de Fallsburgh. Le quedaba al infeliz padre una sola hija ya casada; pero ésta también en pocas semanas cayó enferma y murió."

No entendió el infeliz que el médico aplica remedios; pero Dios es el que da la salud.

Se han inaugurado ya en Lumbier los nuevos locales destinados á escuelas de niñas bajo la dirección de las Hijas de San Vicente de Paúl. Desde hace tiempo algunas personas abrigaban el propósito de evitar á las virtuosas Hermanas de la Caridad, domiciliadas en el hospital de dicha villa, las molestias que les ocasionaba la distancia entre este edificio y el en que daban la enseñanza, al cual tenían que trasladarse todos los días mañana y tarde. Se había pensado en habilitar locales en el mismo hospital; pero era preciso realizar obras costosas á fin de aislar la parte que se destinase á escuelas del resto del edificio. Sin embargo, la caridad ha vencido este obstáculo. Con 10.000 reales que para este objeto donó el Sr. D. José Garate (Q. E. P. D.) con los donativos de otras personas y con recursos que ha proporcionado el Ayuntamiento y la Junta local de Beneficencia, se han realizado las obras proyectadas y se ha habilitado una nueva capilla. Esta y las escuelas fueron bendecidas el viernes, celebrándose una función religiosa con misa y una plática que pronunció un Sr. Sacerdote, encomiando la educación y enseñanza que saben dar las Hijas de San Vicente de Paúl, y recomendando á los padres de familia envíen sus hijas á las escuelas que se inauguraban.

Continúan adelantando las grandiosas obras de la fachada de la Catedral Basílica de Barcelona. A lo largo de aquella queda ya colocado todo el basamento y unos dos metros de muro, al que sólo faltan algunos detalles esculpturados para que empiece á producir soberbio efecto. Admira la belleza y nitidez del material que se emplea, escogido entre el mejor que producen las canteras más ricas de Cataluña; así como la homogeneidad en la naturaleza de los sillares y el perfecto ajuste y precisión de los mismos. En la mitad del claustro, convertido en vasto taller, están labrando numerosas piezas multitud de operarios; mientras en talleres particulares han emprendido ya varios afamados escultores la construcción de las estatuas y de los preciosos doseletes que han de cobijarlas.

Dicen de Burgos, fecha 17 de los corrientes:

«A las dos de esta mañana han salido de esta ciudad diez Padres Carmelitas con destino al convento de la Habana.

El lunes se celebró una solemne misa para que el Señor les conceda una feliz travesía.

Dichos Padres se embarcarán con el Ilmo. señor Santander, nuevo Obispo de aquella Diócesis.

Al frente de ellos va el Rdo. P. Eladio, que tan buena memoria deja en esta ciudad por el celo verdaderamente apostólico con que ha ejercido sus funciones sagradas.

Con verdadero sentimiento damos esta noticia, y creemos hacernos eco del de toda la población, que ha tenido ocasión de estimar los grandes servicios de los referidos hijos de Santa Teresa, y en especial del Rdo. P. Eladio.

BIBLIOGRAFIA

Tratado de los confesores de monjas, por el Dr. D. León Carbonero y Sol, Director de *La Cruz*.—Madrid, 1887. Imprenta de los Sucesores de Rivadeneyra.

Una nueva é importante obra acaba de adicionar el Sr. Carbonero al extenso catálogo de las suyas: la que se titula como consta en el epígrafe de estas líneas. Diseminada la doctrina sobre confesores de monjas en muchas y voluminosas obras difíciles de adquirir; careciendo algunas de ellas de muchos decretos canónicos sobre el particular, bien por su rareza, bien por haber sido expedidos en época más reciente que sus ediciones, sólo el trabajo de compilación, para facilitar el estudio de la doctrina vigente en materia de tan continua aplicación merece plácemes, aunque se prescindiera, que en este caso no es dable prescindir, del acertado juicio con que el Sr. Carbonero y Sol ha sabido aquilatar las doctrinas expuestas por Santo Tomás, San Buenaventura,

el Maestro Avila, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales y otros santos y venerables escritores. Nada más oportuno para poner de manifiesto la importancia de la obra que la reproducción del Índice de sus capítulos.

Son los siguientes:

I. De la elección de confesor de monjas y sus diferentes clases.

II. De los confesores perpetuos ó por tiempo indefinido.

III. De los confesores ordinarios trienales de monjas.

IV. Del confesor ordinario ó trienal para el segundo trienio.

V. Del nombramiento de confesor para el tercer trienio.

VI. Del nombramiento de confesor para el cuarto y ulteriores trienios.

VII. De los confesores extraordinarios de las comunidades religiosas.

VIII. De los confesores particulares de monjas.

IX. Reclamaciones que las monjas pueden hacer sobre el nombramiento de confesor ordinario trienal.

X. Procedimientos para pedir y obtener confesor extraordinario y particular.

XI. Cuándo el confesor de monjas puede entrar ó no en la clausura y cómo ha de entrar.

XII. De las cualidades para ser confesor de monjas.

XIII. De la licencia especial para ser confesor de monjas.

XIV. De la conducta del confesor.

XV. Quiénes no pueden ser confesores de monjas.

XVI. De la remuneración al confesor de monjas.

XVII. Remuneración de los confesores extraordinarios.

XVIII. Hospedaje del confesor.

XIX. Las comunidades de votos simples están comprendidas en los decretos sobre confesores para las de votos solemnes.

Precede al libro un discreto prólogo, y le sirve de Apéndice la Constitución de Benedicto XIV, *Pastoralis curae*, sobre confesores de monjas, constitución que hizo exclamar á un ilustre Prelado:

«Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sión; adórnate con los vestidos de tu gloria, Jerusalén, Ciudad Santa. Desata ya los lazos de tu cuello, cautiva hija de Sión. Ya no hay motivo para estar caída en la culpa y vivir con aquella cobardía de ánimo; fácil es ya adornarse con las vestiduras de la gloria, que es la joya preciosa de la gracia, y sacudir el yugo pesado de la mísera esclavitud. Consuélese ya las Religiosas que antes vivían afligidas, y revestidas de una fortaleza santa; usen de los medios tan caritativos y oportunos que las ofrece nuestra Madre la Iglesia para su consuelo espiritual. Rompan ya los lazos con que han estado cautivas las hijas de Sión y gocen de la santa libertad, como tan necesaria para cumplir con sus votos y profesión religiosa.»

La obra del Sr. Carbonero constituye un volumen de clara y correcta impresión, de más de 200 páginas en 4.º, tiradas sobre riquísimo papel.

Memoria leída en la inauguración del curso de 1887-88 de la Escuela de adultos de la Propaganda Católica de Palencia por el Presbítero D. José Madrid Manso, Director de la misma.—Palencia, 1887.

No hace aun mucho tiempo que tuvimos ocasión de hacer resaltar los grandes beneficios que al Catolicismo viene prestando la sociedad palentina que dirige el Sr. Madrid, y la última *Memoria* que hemos recibido es una nueva prueba de aquel aserto. Se encabeza con la aprobación pontificia de que nuestros lectores tienen conocimiento por haberse reproducido en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, y la siguen interesantísimos datos sobre asistencia á las Escuelas y al Círculo, estado y progresos de la Biblioteca, situación de la Caja de Ahorros y presupuestos y cuentas de la Asociación, así como los muchísimos premios concedidos á jornaleros y alumnos.

Alfonso Pérez Nieva.—*Historias callejeras*.—Madrid, 1887. Tip. de Alonso.

Alfonso Pérez Nieva. ¡Un joven que en esta época de imitadores tiene ya personalidad y estilo propios! Recomendación es esta más que suficiente para que su nuevo libro obtenga la acogida que merece, por su originalidad, por el encanto que produce su lectura, por las gratas impresiones que deja.

¿Cuál es el asunto del libro? Ninguno y muchos... Pequeñeces, pretextos para prestar voz y discurso á las aves y á las flores, como á los elementos y aun á lo inanimado: lo que dice un pájaro, lo que murmura una ola, lo que razona una tabla ó una campana; breves y sentidas historias del corazón...

mucho ingenio, muchos graciosos equívocos; un lenguaje castizo casi siempre, elegante siempre y elevado en ocasiones.

Este es el libro *Historias callejeras*, digno hermano y sucesor de los que le han precedido y anuncio y garantía de los que le han de seguir. Nuestra cordial enhorabuena por él al joven D. Alfonso Pérez Nieva.

Los Misterios de la Francmasonería, descubiertos por Leo Taxil.—Barcelona, 1887, Juan Grabulosa, editor.

Acaban de repartirse los cuadernos quinto á undécimo de la interesantísima obra en que el converso Leo Taxil pone de manifiesto y saca verdaderamente á la vergüenza los ritos teatrales y ridículamente absurdos de la secta masónica. El éxito de la obra corresponde en un todo á lo interesante del asunto y al cuidadoso esmero con que el editor atiende á las condiciones tipográficas y artísticas de la misma. ¡Lástima grande que no puedan hacerse extensivos estos elogios á la traducción, motivo de justas burlas de parte de los lectores!

NECROLOGÍA

Ha fallecido repentinamente en Ginebra la piadosísima condesa de Mernard, cuya caridad con los pobres no tenía límites. A sus expensas se sostenía cerca de Montauban un asilo de huérfanos, fundado por ella, dedicado á la educación de niñas. Aneja á este asilo fundó también una escuela. Además de las escuelas para niños y niñas, fundadas por ella en la Vendée, construyó una magnífica iglesia, en la que se invirtieron 800.000 francos. También ha dotado de escuelas á una multitud de pueblos del Mediodía de Francia, donde esta señora tenía propiedades. Además edificó una iglesia parroquial en Montebeton, y recientemente adquirió una casa de campo donde estableció un hospital para recibir á los misioneros que volvieran enfermos de sus trabajos civilizadores.

* *

También han fallecido recientemente:

En Valencia el M. I. Sr. Canónigo D. Antero Casabau y Masins.

En Solsona, el Rdo. P. D. José Rodamilans.

En Berga, el Beneficiado D. Ramón Casals.

En Corral de Almaguer, Sor Tomasa de Santa Filomena.

En Priego, Sor María Mercedes de San Antonio.

En San Juan de Techa, el Cura Párroco D. Santos Otero.

En Santa Eulalia de Leiro, el Párroco D. Francisco de la Fuente y Lopez.

En San Andrés de Pereira, el Párroco D. Mariano Lestón Castellanos.

En Mugardos, el Coadjutor de San Julián, Don Melchor Paredes.

En Murtas, el Párroco D. José Cuevas Díaz.

IMAGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de **D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA**, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA

Caballero de Gracia, 46.

JABÓN REAL	VIOLET único inventor	JABÓN
de THRIDACE	29, Bd des Italiens, PARIS	VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 429.